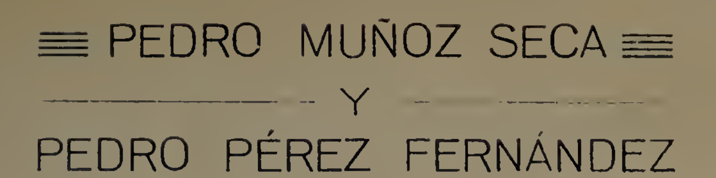

PEDRO MUÑOZ SECA
Y
PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ

TIRIOS Y TROYANOS

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

ORIGINAL

SEGUNDA EDICIÓN

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

—

1922

TIRIOS Y TROYANOS

TIRIOS Y TROYANOS

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

ORIGINAL

DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Y

PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ

Estrenada en el COLISEO IMPERIAL, de Madrid,
el 12 de enero de 1922.

MADRID
IMPRENTA ARTÍSTICA.—SÁEZ HERMANOS
Norte, 21.—Teléfono 17-65 J.
1922

REPARTO

Personajes.	Actores.
DOÑA ROSA.....	María Hurtado.
MARGARITA.....	Nieves Barbero.
NIEVES...........	Blanca Alonso de los Ríos.
OLIVA...........	Pilar Jiménez.
TINA.............	Carmen Echevarría.
JUANA...........	Encarnación Falcó.
DON POLI.... ..	Fernando Fresno.
DON GÓN	Enrique Navarro.
DON CELESTINO.	Joaquín Pacheco.
LEÓN............	Vicente Serrano.
FRÍAS............	Pedro F. de Cuenca.
OLIVARES.	Julio F. Alemán.
MONTILLA.......	Carlos Dulac.
DOMINGO........	Venancio Martín.

ACTO PRIMERO

Sala modestamente amueblada. Puerta de entrada al fondo y dos en cada lateral. En la pared del fondo, el retrato del dueño de la casa, don Celestino Tirio; uno de esos retratos ampliados que son una birria.

(Al levantarse el telón están en escena MARGARITA, LEÓN y JUANA, la doméstica. Margarita es tonta).

León. (Paseando agitadísimo con una carta en la mano). ¡Sí, sí! ¡Que te crees tú eso! ¡Quiá! (Como hablándole al retrato). ¡Digo que no!

Margarit. (Aparte a Juana). ¡Ay, Juana, Juana, Juana! (Llora).

Juana. Señorita, no se ponga usted así. (Suena un timbre). Han llamado; voy a ver quién es. (La deja sentada en una silla y se va por el fondo).

León. (Al retrato). ¡Qué disparate, a tus años...!

Margarit. ¡Ay, León, León, León!

León. ¡Calla! ¡No me pongas más nervioso de lo que estoy!

Juana. (Apareciendo). Señoritos.

Margarit. ¡Ay, Juana, Juana, Juana...!

Juana. Es el administrador de la casa. Creo que viene a cobrar el recibo del mes.

León. ¡Pues sí que llega a buena hora! ¡Que pase!

D. Gón. (Entrando). Santos y dongón buenos días. (Este «Don Gón» es un simpático señor como de cincuenta años, que se expresa con alguna dificultad y tiene la particularidad de intercalar en cada frase los monosílabos «don gón» clarísimamente, como si se tratara de dos palabras cualquiera).

León. (Desapaciblemente). ¡Hola!

D. Gón. Por lo visto llego en dongón mala hora.

León. Sí, señor.

D. Gón. Vaya dongón por Dios. Con su dongón permiso. (Se sienta. Juana vase por la izquierda).

León. (Sin dejar de pasear). El recibito de la casa, ¿eh?

D. Gón. El dongón recibito.

León. Pues le va va usted a decir a don Poli...

D. Gón. Me lo dongón figuro: lo de todos los meses. No deja de ser dongón gracioso eso de venir todos los meses a cobrar y encima de no cobrar dongón dejarles a ustedes dinero. Esta vez don Policarpo se ha excedido y me ha dado dongón doscientas cincuenta pesetas para ustedes. (Entrega los billetes).

León. Gracias. Es un casero ideal.

D. Gón. ¡Idealísimo, dongón caray! Si hiciera eso con todos los inquilinos de sus dongón cincuenta y siete casas... Menos mal que no lo hace más que con dongón ustedes.

León. Sí, papá y él son como hermanos. Ya ve usted: cuando se quedó desalquilado este cuarto, papá no vaciló en venirse a vivir aquí pared por medio del casero, aun sabiendo que no podría pagarle nunca.

D. Gón. Es muy buena persona don Poli. A ustedes les quiere mucho.

León. Mucho. Desde que papá se quedó viudo, desde que perdimos a nuestra madre, se declaró nuestro decidido protector. Hasta los más pequeños conflictos nos los arregla. Claro que a su manera, bruscamente, mandando en general en jefe. ¡Cómo le gusta meterse en lo que no le importa...! Si no fuera tan bruto...

D. Gón. Algo áspero, sí. Siempre parece que está de mal humor. Es su carácter. Hasta cuando cobra su enorme renta coge los billetes con las manos crispadas y con un gesto digno de dongón Zaconi. Es un dongón tipo notable.

Margarit. Mire usted que dice disparates cuando habla.

D. Gón. En eso carece de rival. Parece mentira que un hombre tan analfabeto haya logrado reunir una dongón fortuna tan considerable.

León. Es verdad.

D. Gón. Él dice que es rico porque no se ha dongón casado. Es su manía. No vacila en llamar dongón idiota a todo el que se casa.

León. Pues bueno va a poner a papá en cuanto se entere.

D. Gón. ¿Qué dongón pasa?

Margarit. Yo creo que debemos consultar el caso con don Poli, León. Quizá a él se le ocurra algo. Todo menos permitir que se nos metan en esta casa... ¡Ay, León, León, León!

D. Gón. ¿Pero qué dongón ocurre?

Margarit. ¡Ay, dongón, dongón, dongón!

León. Sí, tiene razón Margarita. ¿Está don Poli en casa?

D. Gón. Sí.

León. ¿Quiere usted hacernos el favor de suplicarle que venga?

D. Gón. Volando; sí, señor. Hasta ahora. (En el mutis). ¿Pero qué dongón joroba les pasará? (Vase).

Juana. (Por la izquierda). Ya están preparadas las habitaciones, señoritos.

León. Bueno, bien; márchate.

Juana. Una pregunta.

Margarit. Di.

Juana. ¿Van a estar mucho tiempo en casa esos señoritos que vienen?

León. Sí, mucho tiempo: ¡toda la vida! ¿Por qué?

Juana. Porque servir a tres no es servir a siete.

Margarit. ¡Claro!

Juana. Y yo no me quedo con tres duros... (Suena un timbre).

León. Bueno: ya discutiremos ese punto. Abre la puerta.

Juana. Sí, señorito. (Hace mutis por el foro).

León. Ya ves: primera complicación. ¡Y tiene razón la muchacha!

(En la puerta del foro aparece la trágica figura de don Poli. Este don Poli de nuestras culpas es un buen señor, como de cincuenta años, con cara de juez, gesto de verdugo y mirada de antropófago. Acciona siempre en melodrama. Gasta un bigote con las guías hacia abajo y se peina con los pelos en punta. Como está en su casa se presenta en zapatillas y pijama.

D. Poli. Buenos días. Ante todo, no se tratará de ningún sablazo, ¿eh?

León. No, señor; pierda usted cuidado. Pase usted, don Poli.

D. Poli. Hecha esta aclaración, me cuelo. Vamos a ver, ¿qué gaita se os ha roto?

León. (Dándole la carta). Tome usted.

D. Poli. (Escamado). ¿Qué es esto?

León. Una carta de papá. Ya sabe usted que marchó a Barcelona...

D. Poli. (Devolviendo la carta) He dicho que sablazos no. Hasta luego.

León. ¡Por los clavos de Cristo, don Poli, venga usted! No es sablazo: es algo más fuerte. Lea usted.

D. Poli. A ver. (Toma la carta y lee). Barcelona tantos de tantos, etc. Queridísimos hijos de mi vida: Cien veces he comenzado a escribir esta carta y noventa y nueve veces la he roto: no me salía el exordio. Pues bien; prescindo del exordio. Me he casado. (Tembloroso, dejando de leer, estrujando el papel). ¿Eh? ¿Qué dice este papel? ¿Qué dice este melón? ¿Leo yo mal? ¡Por fuerza! A ver, León, lee. (Le presenta la carta).

Margarit. ¡Ay, don Poli, don Poli, don Poli!

D. Poli. (A Margarita). ¡Calla, mema! (A León). ¡Lee, cernícalo!

León. (Leyendo). Me he casado.

D. Poli. (Dirigiéndose al retrato). ¡Idiota...! ¡¡Idiota...!! A ver, hazme el favor de descolgar a tu padre, que quiero llamarle idiota más cerca. ¡Primo! ¡¡Imbécil!! De manera que le consigo un destinejo y en cuanto se vè con cuatro miserables perras gruesas, se casa. ¡Quiá, hombre, quiá!

León. Siga usted, don Poli.

D. Poli. (Leyendo). Hijos míos, corazones míos, pedazos míos de mis entrañas... (Dejando de leer). ¡Todo esto es coba! ¡Indigna coba! (Leyendo). Tenéis una nueva madre cariñosa... (Al retrato). ¡¡Celestino Tirio, eres una nutria!!

Margarit. ¿Qué le parece a usted?

D. Poli. Una salvajada. Mal hizo en casarse la primera vez, y la prueba está en vosotros, ¡par de bestias!; pero olvidar la promesa que me hizo la noche que murió la pobre Leona, vuestra madre... es abyecto... impunible. «Poli—me dijo—, no volveré a casarme. Una y nò más, como hizo Santo Tomás».

Margarit. Santo Tomás no se casó, don Poli.

D. Poli. Me alegro por él. Ya me extrañaba a mí que el sabio que escribió la Santa Biblia...

Margarit. Tampoco escribió la Biblia, don Poli.

D. Poli. (Colérico). ¡Me da lo mismo, niña! Y tienes tú muy pocos años para corregirme a mí, ¡a mí!

León. Dispénsela usted, don Poli.

D. Poli. Aquella noche, noche triste, no ha debido

olvidarla vuestro padre jamás. ¡Qué cuadro aquél! ¡El cúmulo, el cafatalco, el fétrero, los seis blandiones encendidos...! ¡Qué película!

León. ¡Pobre mamá!

Margarit. ¡Ay mamá!

D. Poli. ¡Qué noche aquella! (Al retrato). ¡Y este reinoceronte...! No, si a mí no debía extrañarme esta fecharía. ¡Si él no hacía mas que decirme que la viudez era muy triste; que a todas horas sentía la neuralgia del bien perdido.

León. Nostalgia.

D. Poli. ¿Eh?

León. Nada; lea usted.

D. Poli. (Leyendo). Tenéis una nueva madre, una madre tierna, y otras tres queridas hermanas. ¡¡Porras!!

Margarit. ¿Eh?

D. Poli. (Dándole la carta a León). Toma; he roto toda clase de relaciones con vosotros. ¡A pagar los recibos de la casa como cada cuisqui! ¡Ya me estás largando las doscientas cincuenta del ala que te he mandado!

León. ¡Don Poli!

D. Poli. ¡Venga la pasta, que me voy!

León. ¡Pero si todavía no ha leído usted lo peor!

D. Poli. Pero ¿qué es lo peor?

León. Que vienen hoy.

D. Poli. ¿Que viene hoy? ¿A esta casa? ¡Oh, esto es ya pelar con el cero! (Leyendo). Vuestra madre, a la que cuando recibáis ésta estaréis próximos a abrazar, pues llegamos en el mixto, se llama doña Rosa Troyano. (Resueltamente). ¡Me quedo!

León. ¿Eh?

D. Poli. Me quedo. Yo sabré hacer lo que cumple a un amigo. Me quedo y me instalo aquí. Esto tiene un arreglo... ¡El divorcio, el crimen, el lanzamiento por el balcón! Yo haré que tu padre se separe de esa mujer por las malas o por las peores. Es mi obligación. ¡Los amigos son para las ocasiones! (Al retrato) ¡Primo! Para completar la familia te hace falta una suegra. Pues bien, ya la tienes. ¡Yo! ¡¡Mírame!! ¡¡¡Yo!!! (Suena un timbre). ¿Han llamado?

Margarit. Sí.

D. Poli. (Consultando el reloj). No pueden ser ellos ni las hermanitas porque no es la hora del mixto.

León. No, si las queridísimas hermanas no vienen de Barcelona: están en Madrid, en casa de una tía. No hacen más que cambiar de domicilio.

D. Poli. Comodísimo, joroba. ¿Y tienen ya preparadas sus habitaciones?

Margarit. Sí; les hemos dejado ese ala. No queremos trato ni roce.

Juana. (Por el fondo). Señoritos: tres señoritas que preguntan por los señoritos.

Margarit. ¡Ellas! ¡No quiero verlas!

León. ¡Ni yo!

D. Poli. ¡Irvos! Yo me encargo de recibirlas.

Margarit. Vamos.

León. Vamos. (Hacen mutis por la derecha).

D. Poli. (A Juana). ¡Que pasen esas cacatúas! (Vase Juana por el fondo). Hé de hacerlas la vida imposible. ¡Y pensar que nunca sabrá agradecerme ese ¡indio! el interés que me tomo por sus cosas! Pero no importa: cumplo con un deber de amistad. ¡Te has caído, mala bestia! Ya están aquí. (En este momento entran en escena, por la puerta de fondo, Nieves, Oliva y Tina, los tres pimpollos de doña Rosa).

Nieves. (Con cierta cortedad y despego). ¡Papá...!

D. Poli. ¡Un cuerno!

Nieves. ¿Eh?

D. Poli. Yo no soy el papá: soy la abuela de ustedes.

Nieves. ¿Cómo...?

D. Poli. Ya, ya lo verán. Pasen, pasen.

Nieves. ¿De manera que... (Con ironía). papá y mamá no han llegado todavía...?

D. Poli. No, señora; pero aquí estoy yo para hacerles a ustedes los honores: soy un amigo de la casa, un hombre sesudo que no está loco como ese idiota. (Por el retrato).

Nieves. (Mirando al retrato). ¿Quién es...?

D. Poli. Ah, ¿pero no le conocen ustedes? Pues tengo el gusto de presentarles de medio cuerpo a vuestro novísimo padre don Celestino Tirio.

Oliva. ¡Huy qué feo!

Tina. ¡Qué tipo!

Nieves. ¡Niñas...!

D. Poli. Déjelas usted, porra: ¡si dicen la verdad! ¿Es acaso alguna Venus del Nilo ese imbécil? (Encarándose con el retrato). ¡Imbécil! ¡Mira, hom-

bre, mira lo que se te entra por las puertas! ¡Mira qué tres calamidades!

Nieves. Es usted muy amable.

D. Poli. Me figuro que sabrán ustedes que cuentan con dos hermanos más.

Nieves. Sí, señor. Mamá nos escribe... (Leyendo una carta). Queridísimas hijas de mi vida.

D. Poli. ¡Coba!

Nieves. (Leyendo). Cien veces he comenzado a escribir esta carta y noventa y nueve...

D. Poli. Basta, joven. Como la otra. El estilo me es proverbial. Todo eso es coba, indigna coba.

Nieves. (Estrujando la carta). Sí, señor; pero le juro que no ha de valerle.

D. Poli. (Complacido) ¡Hola...!

Nieves. No necesitamos padrastro.

D. Poli. Muy bien, así me gusta.

Nieves. Sabemos hacer labores, y para ganarnos la vida con nuestras manos no queremos padrastro.

Tina. Eso, vámonos de aquí.

Oliva. Si, es lo mejor.

D. Poli. (Yo las exaciervo.) Poco a poco, niñas. ¿Qué es eso de marcharse? Esta casa es la casa de vuestra madre. Tenéis a ella perfecto derecho. ¡Marcharse! ¡Estaría bueno! ¡Quiá! (Suena un timbre). ¡Ya!

Nieves. ¿Eh?

D. Poli. Ahí deben estar ya vuestra madre y vuestro...

Nieves. No, no pronuncie usted ese nombre, caballero. Ese señor no es nuestro padre.

Oliva. ¿Cuáles son nuestras habitaciones?

D. Poli. Aquellas.

Oliva. Vamos, no quiero verle.

D. Poli. Sin embargo... (Quedan las tres con las manos en los picaportes). (¡Hay que enrabietarlas!) Sin embargo, es vuestro padre.

Nieves. No; nuestro padre, no.

D. Poli. ¿Cómo que no? Ahora, el que impondrá su voluntad es éste.

Las tres. ¡No!

D. Poli. Sí, su voluntad. Para el otro, para el que murió, sólo tendrán ustedes un recuerdo, porque ya que seguramente está en el cielo, santificado sea su nombre, pero hágase la voluntad...

Nieves. ¡No! ¡El padre nuestro, no! (Hacen mutis las res mismo tiem o).

D. Poli. (Muy satisfecho). ¡Eso! ¡De primerola! ¡Enemigos descarnizados! Bueno: todo hombre que se casa es un despreciable molusco; pero el que se casa dos veces, el que vuelve a uncirse después de haber probado las delicias de la viudez... ese carece de calificativo dentro del reino animal. (Encarándose con el retrato). ¡Animal! (Escuchando). Si es él, tarda en entrar. Sabrá que estoy aquí y temblará ante la idea de encontrarse conmigo. Hace bien en temblar, porque voy a decirle... (Conteniéndose) No, Policarpo, estás en su casa y no debes... ¡Pero qué joroba! La casa es mía y él vive a mi costa... Sí, eso, le esperaré... así, con un gesto activo, displiciente, sin mirarle tan siquiera, y le haré una ligera amonestación. ¡Sí! Se oyen pasos. Ya. (Se coloca de espaldas a la puerta, apoyado en cualquier mueble, y adopta la más trágica de todas las posturas. Por la puerta del foro entra Juana, seguida de Domingo, mozo de cuerda, que trae a cuestas un enorme baúl). ¡Idiota! ¡¡Imbécil!!

Juana. ¡Ay!

Domingo. ¿Eh?

D. Poli. (Sin mirarlos). ¿Quá carga te has echado sobre las costillas?

Domingo. Lo que m'han dao, señor, y no creo que sea pa insultár.

D. Poli. ¿Eh? ¡Ah! ¿Pero...? No, nada, creí que... dispense.

Juana. (A Domingo, indicándole la segunda puerta de la izquierda). Por ahí. (Domingo hace mutis).

D. Poli. (A Juana). Oiga. Yo me largo de aquí. Cuando venga el avestruz de don Celestino, dígale que vaya a verme.

Juana. Sí, señor.

D. Poli. Que vaya en seguida.

Juana. Está muy bien.

D. Poli. ¡Pues claro que está muy bien! ¡Todo lo que yo digo está muy bien! (Despidiéndose con la mano). Ayon afan de la patrie, como dicen los ingleses. (Vase «tosiendo» su importancia).

Domingo. (Por donde se fué, sale sin baúl y protestando). ¡Rediez qué parroquia! ¡Una peseta! ¡Sindíquese usted pa esto!

Juana. (Indicándole la puerta del fondo). Por aquí. (Domingo hace mutis seguido de Juana).

D. Celest. (Dentro). ¡León! ¡Margarita! (A grandes voces).

León. (Abriendo la puerta de su cuarto y asomando la cabeza). ¿Es papá?

Margarit. (Idem). ¿Papá?

D.ª Rosa. (Dentro, a voces también). ¡Tina! ¡Nieves! ¡Oliva!

Nieves. (Abriendo la puerta de su cuarto y asomando la cabeza). ¿Es mamá?

Oliva. (Idem). ¿Mamá?

Tina. (Idem). ¿Mamá?

(León y Margarita, que miran al fondo, dirigen al frente sus miradas y ven a Nieves, Oliva y Tina, al mismo tiempo que éstas, que también miraban a la puerta del fondo, ven a León y Margarita, coincidiendo justamente con el momento en que muy agarrraditos y melosos se presentan en la puerta del foro DOÑA ROSA y DON CELESTINO).

León y Margarita. (Al ver a sus hermanastras y cerrando rápidamente su puerta). ¡Ah!

Niev., Oliva y Tina. (Lo mismo, al mismo tiempo). ¡Ay!

D. Celest. (Boquiabierto). ¡Bonito recibimiento! (Doña Rosa ríe a carcajadas). No, Rosa, no rías. Tu risa, en este instante, no me suena, como en otras ocasiones, a cascabel alegre, sino a triste esquila.

D.ª Rosa. ¡Bah!

D. Celest. No es posible reir cuando se le cierran a uno todás las puertas.

(Bueno: este don Celestino es una especie de don Quijote de la Mancha sin perilla; y doña Rosa es una simpática señora más viva que un cohete. De edad, allá se andan: ambos están en los comienzos de la tercera juventud. ¡Ah! Los dos usan quevedos y entran con ellos puestos).

D.ª Rosa. Esperaba esto, Celestino.

D. Celest. Yo, no: te lo confieso. He sentido en mi espalda la daga fría de la desilusión.

D.ª Rosa. Eres un niño, Celeste.

D. Celest. (Suspirando con tristeza). Sí, Rosa, tienes razón: soy un niño. Mi corazón es de cera, y el más ligero golpe marca en él una huella de dolor.

D.ª Rosa. Cálmate; siéntate aquí, no sufras. Se trata de cinco ovejas descarriadas; ya sabrá juntarlas la voz del pastor.

D. Celest. ¡Qué buena eres, Rosa!

D.ª Rosa. Por lo pronto, nosotros nos queremos, ¿verdad...?

D. Celest. (Con ímpetu juvenil). El segundo amor es el verdadero, no lo dudes.
D.ª Rosa. ¡Celeste!
D. Celest. (Almibarado). ¡Nena!
D.ª Rosa. (Con cierto rubor). ¿Te acuerdas de la primera vez que tus quevedos chocaron con los míos?
D. Celest. Y recuerdo también la promesa que te hice al asomarme a los cristales de tus ojos. ¡Constituiremos una nueva familia!
D.ª Rosa. (Muy colorada). ¡Celes!
D. Celest. Y la constituiremos, sí.
D.ª Rosa. ¡Por Dios!
D. Celest. En medio de la guerra civil que se nos avecina, tú, toda luz, alumbrarás constantemente mi dicha.
D.ª Rosa. ¡Celes!
D. Celest. Y no te importe que nuevos frutos del cielo vengan a aumentar la discordia; yo sabré imponerme y haré que mis hijos y tus hijos respeten a nuestros hijos.
D.ª Rosa. ¡Qué bueno eres, Celeste!
D. Celest. Escucha: ¿qué haríamos ahora para reunir las proles?
D.ª Rosa. (En secreto). ¿Qué dinero nos queda?
D. Celest. (Idem) Unas seiscientas pesetas.
D.ª Rosa. (En voz baja). Pues déjame a mí. Siéntate. Adopta uua postura de elegante despreocupación.
D. Celest. ¿Así?
D.ª Rosa. Así. Y ahora verás cómo van saliendo. (Se sienta cara al espectador, ante una mesa en la que hay un aparato telefónico, y llama). Pero no te des por enterado, no muevas un músculo hasta que estén todos aquí.
D. Celest. Tengo fe en ti. Soy tu esclavo. (Contemplándola embobado). Eres una hurí otoñal. ¡Lo que va a gozar Poli, cuando te conozca!
D.ª Rosa. Reprime el piropo y dejame hacer. (Suena el timbre del teléfono. Doña Rosa contesta muy bajito). No, nada: ha sido una equivocación, señorita; usted dispense. (Don Celestino, asombrado, la sigue con el gesto. Doña Rosa, tomando el auricular, dice, tras una breve pausa, en voz muy alta). ¿Eh? Han llamado al teléfono, ¿verdad, Celeste?
D. Celest. (Inocentemente) Si es que tú...
D.ª Rosa. (En voz baja). Calla, melón. (Muy tranquila, al aparato, simulando hablar con alguien). ¿Eh? ¿Decía usted?

¿Quién? ¡Ah, sí; aquí es! Está usted hablando con ella. (A su marido). Es Angela María!

D. Celest. (Inocentemente). ¿Qué Angela María?

D.ª Rosa. ¡Angela María, hombre, Angela María! (Le dice por señas que no meta la pata).

D. Celest. (Como si dijera: ¡Ave María purísima!) ¡Angela María!

D.ª Rosa. (Al aparato). Sin novedad, marquesa. Muy amable, marquesa. Encantada. ¿Recibiste nuestras cinco mil pesetas para el desayuno escolar? Sí, cinco mil, ¡cinco mil! (Sale Margarita de su cuarto, atraída por lo que dice doña Rosa).

Margarit. ¿Eh? (Disimula hojeando unos papeles de música).

D.ª Rosa. (Al teléfono). Quiero contribuir con cinco mil pesetas todos los meses.

D. Celest. (¡Tiene una imaginación juliovernesca!)

León. (Saliendo). (¡Mi madre; esta señora debe ser riquísima!) (Se acerca a Margarita y hace lo mismo que su hermana).

D.ª Rosa. (Al teléfono). Sí, sí, ya, ya van saliendo... es natural. Iremos, iremos al té y los llevaré a todos... si es que están ya equipados. Sí; los cinco... ahora son cinco hijos. Sí. Madame Petronile, Serrano, 58, taillor pour dames robes.

Nieves. (Saliendo). (¿Modista francesa?)

D. Celest. (Tengo una mujer bilingüe.)

Oliva. (Saliendo, a Nieves). ¿Oyes?

Tina. (Saliendo, a Oliva). Papá debe ser algo gordo.

D.ª Rosa. (Al teléfono. Sin hablar hace gestos espantosos. Algo le dicen por teléfono. Aparte). ¡Se ha puesto a escuchar la telefonista...! ¿Qué? Pero ¿qué dice esta mujer? (Muy melosa). ¡Por Dios...! (¡Estúpida!) (Muy melosa y sudando tinta). ¿Y a usted qué le importa? ¡Que a usted quién la mete...! (Abriendo mucho los ojos). ¿Eh...? (¡¡Qué barbaridad...!! ¡¡Qué soez...!!) (Melosísima) ¡Su madre...! Sí... su señora madre de usted. Marquesa... ¿Qué? ¿Nuestra platea del Real...? Sí: el número ocho.

Margarit. (¡Tiene platea en el Real!)

Nieves. (Aquí hay dinero.)

D. Celest. (Que muy satisfecho ha ido viendo salir a sus hijos). (¡Ya están todos!)

Oliva. (A Nieves y Tina). Me parece que hemos metido la pata; hay que saludarles.

León. (A Margarita). (¡Y no los hemos saludado siquiera!)

D.ª Rosa. (Al teléfono. Los hermanastros bajan y alzan la vista alternativamente, coincidiendo las miradas de unos con las de otros. Es un momento de mímica encomendado a la gracia exquisita de los artistas). ¡Ah! Marquesa... un favor. ¿Quieres mandarnos tu auto...? Sí... hasta que llegue el nuestro... Ya lo hemos encargado a París. Un 50 HPM. 1515 S. P. Cuestión de tres días.

Margarit. (¡Autó!)

León. (¡Automóvil!)

Nieves. (¡Tienen automóvil!

Tina. (A sus hermanas). ¡Tú! ¡Que nos saludan...! (Margarita y León bajan sonrientes la cabeza a Nieves, Oliva y Tina, y estas tres les doblan la cabeza y medio cuerpo.

D.ª Rosa. (Al teléfono). Adiós... adiós... muy amable... muy amable... encantada... encantada. Adiós, tú. (Deja el teléfono y dirige su mirada a los hijos. Todos tienen un movimiento de indecisión; pero por fin Margarita se decide a coger un portarretratos de sobre el piano, echarle vaho y limpiarle con un pañuelo; León se quita una manchita de barro de la chaqueta; Nieves se quita a papirotazos una arruguita que tiene en la falda; Oliva hace lo propio con una pelusa que tiene en la manga, y Tina se sacude el polvo de un codo. Esto lo hacen todos al mismo tiempo. Doña Rosa, contemplándolos, dice melosa y amablemente). ¡Oh! Todos aquí... Bien, muy bien.

Margarita y León. Papá...

Las tres. Mamá.

D.ª Rosa. ¿Ves, Celes? ¿Ves qué encanto de hijos? ¡Oh! Muy interesante tu Margarita y muy apuesto tu León... Fíjate, fíjate tú en mi Nieves, y en mi Tina, y en mi Oliva.

D. Celest. ¡Oh!

D.ª Rosa. ¡Qué guapos todos... y qué limpios! (Cesan todos en su afanoso limpiar). ¡Qué gusto poder compartir con ellos nuestra felicidad y nuestra fortuna! (A León y Margarita). Vuestras manos, hijitos. Estrecha la mano de León y abraza a Margarita. A sus hijas). Hijas mías, ¡abrazad a vuestro nuevo protector!

D. Celest. (Entusiasmado). (¡Qué tacto! ¡qué tacto!) (Abrazando a Nieves, Tina y Oliva, y apretando lo suyo). (¡Qué tacto!)

Nieves. (Por la cadena del reloj de don Celestino). (Es raro: la cadena no es de oro.)

D.ª Rosa. Celeste: ¿tienes ahí quinientas pesetas?

D. Celest. ¡Yo! Sí, pero...

D.ª Rosa. Trae, trae la cartera. (Don Celestino se la da). Por-

que estas criaturas, claro, no habrán preparado nada, y no es cosa de que nos quedemos a medio cenar.

D. Celest. ¡Evidente!

D.ª Rosa. ¿De dónde quieren ustedes que se traiga la cena?

D. Celest. Mira, ahí, en el café de la esquina...

D.ª Rosa. (Horrorizada). ¡Oh! ¡Calla! ¡De un café, por Dios!

Margarit. (Aparte). ¡Qué ordinario es papá!

D.ª Rosa. ¿Quieren ustedes de Lardhy... de Tournié... del grill del Palace... del Ritz o del Room?

Margarit. Del grill.

Dos. Del Ritz.

Nieves. Del Rhin.

León. Del Room.

D.ª Rosa. ¿Cómo se llama la nurse?

D. Celest. Juana.

Hijos. ¡Juana.. ! ¡Juana!

D.ª Rosa. ¡Qué amables...! ¡Qué amables todos... Esto es un paraíso, un paraíso.

D. Celest. Bueno; quiero que coma con nosotros Policarpo Guerra, mi inseparable amigo. ¡Lo que va a disfrutar!

D.ª Rosa. Con mil amores.

Juana. (Por el fondo). Manden ustedes, señoritos.

D.ª Rosa. Llévame al comedor.

León. (Finísimo). Por Dios, mamá; yo la acompañaré.

D.ª Rosa. No: quédate. Celeste, ¿por qué no das a cada una el regalito que le traemos como recuerdo?

D. Celest. Hombre, es verdad.

D.ª Rosa. Yo, entre tanto, daré mis intrucciones a la nurse.

D. Celest. Mira, si vas al comedor, mándame un vaso de agua.

Nieves. (Finísima). Yo se lo traeré, papá.

Tina. ¡Yo iré!

Oliva. ¡Yo!

D. Celest. No: venid acá; no me corre prisa.

D.ª Rosa. ¡Qué amables! ¡Qué amables! Os prometo una exquisita cena. Tendremos vinos y hasta... «¡¡ordumbres!!» (Vase con Juana por el foro).

Todos. Bravo, bien.

D. Celest. Ea, vamos a ver. (Toma un saco de viaje, lo coloca sobre una mesa y lo abre. Se agrupan a su alrededor León, Oliva, Tina Margarita y Nieves).

León. (Por las chucherías que don Celestino va sacando del maletín). ¡Cuánta cosa!

D. Celest. (A León). Toma, bribonzuelo; este reloj es para ti.

León. ¡Oh! ¡De oro! ¿Es de repetición?

D. Celest. No... si... bueno, si... todos los días repite lo mismo. Pero fíjate en el... ¡tiene un golpe...!

León. Sí; aquí se le nota.

Oliva. (¡Cómo se parece al que tenía papá!)

D. Celest. (Ofreciéndole una cajita a Tina). Esta para ti.

Tina. ¡Oh! ¿Alguna joya?

D. Celest. (Repartiendo paquetitos). Y esto para ti... y para ti esto... y toma tú... allá va eso... (León, Margarita, Tina, Oliva y Nieves se apiñan desenvolviendo los paquetes con la natural curiosidad y alegría).

D.ª Rosa. (Saliendo y en el fondo). ¡Dios mío, qué cuadro tan conmovedor! Reunidos, apiñados... ¡Celeste...!

D. Celest. ¡Rosa!

D.ª Rosa. Ven, míralos, míralos desde aquí.

D. Celest. (Va al lado de doña Rosa y le echa un brazo por encima). Así, hijos míos, el cielo premiará nuestras simpatías.

Margarit. (Después de desenvolver su paquete, y con la natural desilusión) ¡Almendras!

Tina. (Idem). ¡Saladas!

Oliva. (Idem). ¡Acarameladas!

Nieves. (Idem). ¡Garrapiñadas!

D.ª Rosa. Hijos de mi alma. ¡Nadie podrá separarnos, nadie!

D. Poli. (Apareciendo en la puerta del foro, hecho un energúmeno). ¡Hola!

Todos. (Asustadísimos. consternados). ¿Eh?

D. Poli. (Con voz extentórea). ¿Se puede pasar, cacho de primos?

León. ¡Mi madre!

Tina. ¡Jesús!

Margarit. ¡Ay!

Nieves. ¡Socorro!

Oliva. ¡Ah!

D. Celest. ¡Poli!

D.ª Rosa. (Muy amable). Adelante, señor mío, adelante.

D. Poli. (Frenético) ¡Señora! ¡Idiota! ¡¡Idiotaaa!!

D.ª Rosa. (Dirigiéndose a él pausadamente, tendiéndole la mano ¡Oh, qué amable! ¡Qué amable...!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Jardín de un elegante hotel en Vicálvaro. Gran cancela de entrada a la derecha; a la izquierda, la casa habitación, y al fondo una tapia tras de la cual se ve otro hotel semejante. Es de día.

(Al levantarse el telón entran, vestidos de alpinistas o guadarramistas, don **Poli** y don Gón. Don Poli viene sudando la gota gorda, pero respirando a pleno pulmón y haciendo flexiones de gimnasia. Don Gón, en cambio, viene completamente chafado. Se le doblan las piernas; no puede más.)

D. Poli. ¡Viva el pedrestrismo, don Gón, joroba, viva el pedrestrismo!

D. Gón. ¡Ay mis riñones! Vea usted el reloj cuenta kilómetros a ver lo que marca.

D. Poli. (Sacándolo). ¡Azúcar! Hemos andado cerca de ocho leguas.

D. Gón. ¡Así estoy dongón yo! (En un suspiro). !Mi dongón madre!

D. Poli. No sea usted fusilánime. ¡Esto es hingiene! ¿A qué viene uno al campo? ¡A hacer mósculos, hombre, a hacer mósculos! ¡Viva la vida animal! Los animales nos enseñan mucho. ¿Usted ha visto a algún animal que se encierre por su gusto entre cuatro paderes y se siente en un sillón delante de un pupitre y escriba y fume...?

D. Gón. ¡Ya lo creo, muchos!

D. Poli. ¡Quiá, hombre, quiá! El animal vive en el bosque, trepa por la sierra, respira aire puro, pasea...

D. Gón. Alto dongón ahí. No hay ningún animal que se pasee como no vaya a hacer algo práctico: a beber, en busca de comida... pero dongón ¿pasear por gusto...? Eso no hay más que un

animal que lo haga: el hombre. ¡Valiente bestia!

D. Poli. Indirectas, no, don Gón.

D. Gón. No, señor, no. Lo digo por mí. ¿Quién me manda a mí...?

D. Poli. ¿Cómo que quién le manda a usted? ¡Yo! ¿No es usted mi administrador? ¿Quién le paga a usted esta delicia del veraneo? ¿Con qué dinero satisface usted el alquiler de ese hotelito? Con el mío, joroba, con el mío.

D. Gón. Bien lo dongón sudo.

(Por la cancela entran tres tenientes de caballería: FRÍAS, OLIVARES y MONTILLA).

Frías. ¡Buen paseo!

Olivares. ¡Delicioso, chico! ¡Ojalá duren las maniobras un mes!

Montilla. (Dirigiéndose hacia la cancela). Oye, tú, mastuerzo.

Voz. (Dentro). Mande usted, mi teniente.

Montilla. A las tres, los caballos aquí.

Voz. Está muy bien.

D. Poli. Hola, pollos.

D. Gón. (Desmayado). ¡Hola!

Frías. (A don Gón, dándole un palmetazo en la espalda que casi le dobla). Hola, patrón. Con su permiso vamos a descansar un rato.

D. Poli. Están ustedes en su casa.

Frías. Muchas gracias.

D. Poli. Pero no están ustedes en su casa.

Montilla. ¿Eh?

D. Poli. Quiero decir que donde están ustedes alojados no es en esta su casa, que es la mía.

Olivares. ¿No?

D. Gón. (Quejumbroso). No; sino en esa mi casa, que es la suya.

Frías. ¡Calla, pues es verdad! Como son iguales los hoteles y están juntos, nos hemos colado aquí.

D. Poli. Ya, ya me lo decía yo: estos pollos se han colado.

Frías. (A sus compañeros). ¡Media vuelta! (Se van por donde entraron, riéndose).

D. Poli. ¡Hala de aquí! Aquí no se me mete nadie. Esta soledad mía no se paga con nada.

D. Gón. Si yo pudiera hacer la mismo...

D. Poli. ¿Usted? Usted es un infeliz, hombre. Tiene usted mujer, tiene usted familia y, por si

fuera poco, hasta alojados. Es usted un atún, don Gón.

D. Gón. ¡Qué le hemos de hacer!

D. Poli. ¿Quiere usted que yo le arregle la vida? ¿Quiere usted que yo le divorcie de su mujer y le mande la familia con viento fresco? Es cuestión de pocos días. Verá usted qué bien se queda usted. Es muy saludable.

D. Gón. ¡No, dongón, no! Cada uno en su casa y Dios en la de dongón todos.

D. Poli. Usted se lo pierde. Me pinto solo para esto. Ya ve usted cómo he arreglado el asunto de Celestino. Debe haberse quedado en la gloria. (Saca una carta).

D. Gón. ¿Qué me cuenta usted?

D. Poli. Qué cizaña no habré metido, que oiga usted esta carta. De mi nuera: bueno, de esa señora de la que me constituí en suegro honorario. «Amigo Guerra: Acabo de divorciarme de ese monstruo porque el Infierno dantesco era el Ideal Room al lado de mi hogar. Se imponía la ruptura. Le he pegado y salgo de esta casa para no volver nunca jamás amén. Adiós.» ¿Qué le parece a usted?

D. Gón. ¿Y no le remuerde a usted la dongón conciencia?

D. Poli. Quite usted, hombre. ¡Todo lo contrario! Me gusta que me deban favores. ¿Quiere usted comer conmigo?

D. Gón. Tengo que hacerlo con la familia. Dispénseme usted.

D. Poli. ¡Con la familia! ¡Valiente primada! Hasta luego.

D. Gón. Hasta dongón luego. (Vase).

D. Poli. Me va interesando este bueno de don Gón. Como tenga la suerte de seguir entrándose en mi corazón, antes de un año lo descaso. ¡Es una obra de misericordia! Me duelen todas las desgracias del prójimo. Yo debo haber nacido para hermana de la Caridad. En fin, ¡a la manducatoria. (Medio mutis).

(En la cancela aparecen D. CELESTINO, MARGARITA y LEÓN D. Celestino trae la frente vendada).

D. Celest. (Con acento compungido). ¿Das posada al peregrino?

D. Poli. ¡Porras! ¿Tú?

D. Celest. Yo... y estos.

D. Poli. Pero ¿cómo has venido...?

D. Celest. ¿Puedo estrechar la mano generosa de mi amigo y protector?

D. Poli. Pasa, hombre.

D. Celest. (A sus hijos). Pasad, pedazos de mi corazón.

D. Poli. Pasad... pedazos de... brutos.

D. Celest. (Deteniendo a sus hijos). ¡No; agravios, no! Llamo a tu puerta como si llamara a la de un pariente cariñoso.

D. Poli. Pues... ¡pasa, primo!

D. Celest. Eso ya es otra cosa. (A sus hijos). Pasad. (Arrodillándose ante don Poli). ¡Arrepentido, Poli. Aquí me tienes.

D. Poli. (Mirándole). ¡Nutria...! ¡Nutria!

D. Celest. Gracias. ¡Qué razón tenías! Yo no he nacido para casado.

D. Poli. Eso es de «El dúo de la Africana». ¿Ves? ¿Ves qué plancha moral te has tirado? (Por la venda). ¿Qué es eso?

D. Celest. Otra plancha. De las que sacan brillo. Un recuerdo de mi mujer. Poli, acógeme en tu seno. Vengo dolorido.

D. Poli. Basta. Ya eres libre. Yo he rompido tus cadenas. Ahora verás quién es tu amigo, tu hermano Policarpo Guerra. (Levantándole). Aúpa. (Por el chalet). Esa es tu casa. ¡Entra!

D. Celest. (Conmovido). ¡Poli... oh! (A sus hijos). Entrad, hijos míos. Ya conocéis el local. Seré con ustedes en seguida. Tengo que hablar un instante con nuestro generoso protector.

León. Gracias, don Poli. (Aparte). Tengo que hablar luego con usted.

D. Poli. ¡No tengo suelto!

Margarit. (Hipando). ¡Ay don Poli, don Poli, don Poli...!

D. Poli. ¡No llores, imbécil! ¡Largo! Ya hablaremos. (Entran en la casa León y Margarita). Siéntate.

D. Celest. ¿No nos oye nadie?

D. Poli. Nadie; di.

D. Celest. (Amargamente). ¡Poli! ¡Compadéceme! ¡Soy un náufrago de la vida!

D. Poli. Eres un mulo.

D. Celest. Tú eres mi padre. ¡Mi padre, sí!, porque sólo un padre hace lo que tú has hecho por mí. Quiero que aceptes este dulce nombre, padre mío; mis hijos son tus nietos.

D. Poli. Acepto, joroba, acepto. ¡Así te quería!

D. Celest. Y ahora oye mi odisea.
D. Poli. La sé. Habéis decidido separaros.
D. Celest. ¡Yo no, Poli! Ha sido ella, ¡ella!, la ingrata. Huyó de mi casa. Yo... Poli... ¡¡todavía la quiero!!
D. Poli. De modo que te zurraba y...
D. Celest. Sí, Poli, padre, la quiero.
D. Poli. ¡Hijo mío, qué bruto eres!
D. Celest. Por eso huyo de Madrid. Allí podría tropezarme con ella en la vía pública y sé que verla y echarme a sus plantas implorando cariño hubiera sido todo uno. No, es preciso que yo no la vea más. Préstame mil pesetas; quiero irme lejos. A Chile, a Méjico, a la Patagonia, al fin del mundo.
D. Poli. (Levantándose). Está bien.
D. Celest. ¿Me darás esas mil quinientas pesetas?
D. Poli. Está bien,
D. Celest. (Abrazándole). ¡Tienes un corazón de oro! Con esas dos mil pesetas me das la tranquilidad.
D. Poli. Bueno.
D. Celest. ¡Gracias! ¿Cuándo podré marcharme ..?
D. Poli. ¿Tú? ¿De aquí? ¡Quiá! Tú no sales de esta casa hasta que no estés completamente curado.
D. Celest. (Por la venda). Pero si esto no es nada...
D. Poli. Hasta que no pases al lado de esa mujer sin sentir el más ligero magnetismo.
D. Celest. ¡Eso nunca!
D. Poli. ¿Cómo que nunca, melón?
D. Celest. ¡Jamás!
D. Poli. Pues no has de salir de aquí hasta que no la hayas olvidado. ¡Te lo juro!
D. Celest. ¡Poli! ¡Padre!
D. Poli. ¡Te lo juro!
D. Celest. (Haciendo mutis). ¡Moriré en esta casa! (Vase).
D. Poli. ¡Pobre idiota! ¡Y todo por una mujer¡ ¡Qué estúpida es la humanidad! ¡Que quien pueda vivir solo y tranquilo se case y se cargue de obligaciones y meta en su casa a personas que no le tocan nada...! ¡Qué falta de talento hay en el planeta! En fin, voy en persona a la carnecería a por kilo y medio más de chuletas para echarles de comer a esta gente. (Sale MARGARITA de la casa. Viene muy contenta).
Margarit. ¡Qué días tan buenos voy a pasar en esta

casa! Como que esto es precioso, precioso. Siempre he dicho yo que lo más bonito del mundo es Vicálvaro. (Viendo unas flores). ¡Ay, margaritas! (Coge una). Voy a preguntar lo de siempre: cómo será mi marido; con barbas, con bigotes o afeitado. Vamos a ver. (Deshojando la flor). Con barba... con bigote... afeitado...

Frías. (Asomándose por la tapia. Gasta barba corrida). Me parece haber oído una voz de mujer... (Hablando hacia abajo a sus compañeros). ¡Chist... sí! ¡Canela!

Margarit. (Volviendo la cara y viéndole). ¡Con barba!

Olivares. (Sustituyendo a Frías. Usa bigotes) ¡A ver, tú!

Margarit. (Como antes). ¡Con bigote!

Montilla. (Sustituyendo a Olivares). Hombre, que veamos todos.

Margarit. (Como antes). ¡Afeitado! (Montilla está completamente rasurado. Se asoman Frías y Olivares) ¡Tres, son tres!

Montilla. Buenos días, joven.

Olivares. ¡Buenos días, reina!

Frías. Buenos días, se...! (Agarrándose a la tapia para no caerse). ¡sé! ¡Porras!

Margart. (Ruborosa y muy pava) ¡Ay, buenos días...! (Por decir algo). ¿Están ustedes bien?

Frías. (Que aún no está muy seguro). Estos, sí; pero yo... Como no tengo escalera como ellos... (Ríen)

Margarit. ¡Ay, qué ocurrente...! ¡Ay!

Frías. No sospeché jamás que tras esta tapia... (Sujetándose para no caerse). inhospitalaria se escondiese la flor que yo buscaba.

Margarit. (Con treinta y nueve grados y siete décimas de tontería). ¡Ay, una flor...! ¡Yo una flor...! ¡Gracias por la flor!

Frías. (A sus compañeros). Mema de realce.

Margarit. (Por decir algo). Yo... yo he llegado aquí hoy.

Frías. (Suspirando). ¿Va usted a contarme a mí, que he venido tras de usted?

Margarit. ¿Eh...? ¡No...!

Frías. Estos, que me han acompañado, pueden dar fe de ello.

Margarit. (Incrédula(. ¡Vaya...! ¡Ea!

Montilla. ¿Podría usted decirme qué preguntaba a esa feliz margarita?

Margarit. Ese es mi nombre. Pues yo le preguntaba que... ¡Ay...! ¡Ay...! Tienen ustedes unas preguntitas que ya, ya.

Frías. ¿Que ya qué?

Margarit. (Molesta). ¡Ay, que ya, y ya, y que ya, ya y que ya, ya, y...

Frías. Dejadla, que va a cantar

Margarit. No todas las cosas pueden decirse, vaya.

Frías. (Cada vez más cómicamente apasionado). Y esa flor, hermana de usted, ¿no le ha dicho que hay un hombre enamorado de su belleza, que va a perecer por usted... (Vuelve a sujetarse). y que ofrecería a usted gustoso su mano y su posición?

Margarit. ¿Eh? ¡Ay! ¿Su posición? (Viendo a D. POLI que llega con el paquete de chuletas). ¡¡Ay!! (Echa a correr y entra en la casa).

D. Poli. ¡¡Ay!! Esta idiota, cada vez más imbécil. (Viendo a los tenientes). Hombre, me gusta: la niña estaba de filisteos...

Frías. ¡Buenos días! (Desaparece).

Olivares. ¡Siga usted bueno! (Idem).

Montilla. ¡Usted lo pase bien! (Idem).

D. Poli. (Contestándolos con un gruñido). ¡Hum! (Dentro ríen a carcajadas los tenientes). ¡Hombre! ¿Y choteíto encima? Pues buen humor traigo yo. [A voces]. ¡Allá voy!, porque si hay que repartir chuletas, nunca mejor que ahora. (Al volverse para hacer mutis se encuentra con que aparece en la cancela DOÑA ROSA seguida de sus tres pimpollos).

D.ª Rosa. ¡¡Don Poli!!

D. Poli. (Retrocediendo espantado). ¡Señora!

D.ª Rosa. Antes de que pronuncie usted una sola palabra, tenga la amabilidad de escucharme. Me guía la esperanza, llamo a las puertas de un corazón. ¿Se puede pasar?

D. Poli. (En energúmeno). ¡No! ¡Señora mía...!

D.ª Rosa. (Colándose). Suya, sí, señor: suya agradecida, suya afectísima. (A sus hijas). Entrad, capullos. Bondadoso amigo: deme usted una mano.

D. Poli. (Amenazándola con una escoba de ramas). ¿De qué?

D.ª Rosa. Usted me estima y me distingue, don Poli. Por su consejo he huído de la casa de mi esposo. No puede usted negarme hospitalidad.

D. Poli. ¡Señora!

D.ª Rosa. Se trata de unos días; quiero que pierda mi pista, que no vuelva a molestarme con sus amorosas impertinencias. ¡Oh, si yo hubiera empleado otro sistema, a estas horas ese hombre... me odiaría. Se me ha ocurrido una cosa que si le volviera a ver y le dijera...

D. Poli. (Concibiendo una negra idea). ¿Eh? ¿Qué dice usted.

D.ª Rosa. Me odiaría, sí, se lo juro. Pero... ¡ya es tarde!

D. Poli. ¡Basta! ¿Usted cree que si usted le dijera..? llegaría a odiarla? ¡Basta!

D.ª Rosa. ¿Eh?

D. Poli. Antes que nada soy caballero. Son ustedes golondrinas errantes y no ha de faltarles aquí una viga protectora. ¡Señora... esa es vuestra casa!

D.ª Rosa. (Conmovida). ¡Gracias, don Poli! (A sus hijas). ¡No lloréis, hijas mías! (Las tres niñas se restregan los ojos). Mire usted qué cuadro de agradecimiento.

D. Poli. (Yo me quito de enmedio y... ¡y no van a quedar ni los rabos!) (A doña Rosa). De manera que usted cree poseer un medio para conseguir el odio de Celestino, ¿no?

D.ª Rosa. Rápido e infalible. ¡Odio africano!

D. Poli. Bien, muy bien. Pues aquí en Vicálvaro... (Misteriosamente). el juez es muy amigo mío.

D.ª Rosa. ¿Eh?

D. Poli. Y el sargento de la Guardia civil... me debe favores; usted se instala en esa casa y usted hace en ella lo que le dé la real gana.

D.ª Rosa. ¡Gracias, don Poli!

D. Poli. (Llamando). ¡Gumersinda...! ¡Gumersinda! Diga usted a esos señores que están ahí que salgan... (A Rosa). Son... unos amigos; ellos harán a ustedes los honores de la casa.

D.ª Rosa. ¡Oh! ¡Por Dios! Se van a molestar...

D. Poli. Sí se van a molestar; pero... ea, hasta luego. Aquí dejo esta escoba que tiene mango de roble muy fuerte. Es un palo que... Y aquí hay esta palanqueta de hierro que... también es muy útil... Bueno, abur.

D.ª Rosa. Abur.

Las tres. ¡Adiós, don Poli!

D. Poli. (¡Ni los rabos!) (En la cancela). ¡Caramba! ¿Quién habrá puesto aquí esta piedra? (Tomándola) Es una piedra que... vea usted. (La deja en el suelo). Esto se le tira a cualquier cristiano y no lo cuenta. (Haciendo mutis). (Yo hago lo que puedo: más es imposible.) (Vase).

D.ª Rosa. ¡Qué corazón de hombre, hijas mías!

D. Celest. (Asomando la cabeza por la puerta del caserío y a media voz). ¡Rosa...! ¡Chicas...!

D.ª Rosa. (También a media voz, como si conspirase). ¡Viva la vida!

D. Celest. (Como antes). ¿Se ha marchado?
D.ª Rosa. Sí... abrázame. (Salen de la casa D. CELESTINO, LEÓN y MARGARITA. Todos se saludan cariñosamente. Doña Rosa abraza a Celestino).
D. Celest. Bueno, y qué, tragó el anzuelo, ¿eh?
D.ª Rosa. Hasta la caña. ¡Y tú! ¡Qué! ¿Te dió el dinero...?
D. Celest. ¡No! Pero... (Llamando la atención a todos). ¡Bomba, señores! (Escuchando todos). ¡Veraneamos aquí! (Alegría en todos).
Margarit. ¡Ole!
Nieves. ¡Bien!
Tina. ¡Eso!
Oliva. ¡Qué gusto!
León. ¡De primera!
Margarit. ¿Saben ustedes una cosa?
Todos. ¿Eh? ¿Qué?
Margarit. Que tengo tres pretendientes.
D.ª Rosa. ¿Qué?
Nieves. ¿Tú?
Margarit. ¡Tres tenientes de caballería!
D.ª Rosa. A ver... a ver, hija; no acapares. ¿Dices que tres? ¿Dónde?
Margarit. ¡Chist! (Indicando la tapia). ¡Ahí!
D.ª Rosa. Chica, ¿es posible? (Se asoma encaramándose en un banco). ¡Evidente...! ¡Qué ricos! Tres epístolas de San Pablo al pie de una higuera. ¡Hijas mías, ha llegado la hora del reparto. (Bajando a la escena). ¡Os caso!
Nieves. ¡Qué cosas tienes, mamá!
Margarit. (Disgustada). Eso es; muy bonito, y yo...
D.ª Rosa. Calla, tontina. ¿No ves que es broma? (Esta me estropea la combina. Hay que alejarla de aquí.)
D. Celest. ¡Oh! Propongo un homenaje a nuestro genio bienhechor.
Todos. ¡Sí, sí; eso!
D. Celest. ¡Paseémosla en triunfo!
Todos. ¡Sí!
D. Celest. ¡La sillita de la reina!
D.ª Rosa. Pero, ¿están ustedes locos?
D. Celest. Ayúdame, León; y ustedes, sembrad de flores el camino.
D.ª Rosa. ¡Por Dios!
Todos. ¡Sí! ¡Vamos!
D. Celest. ¡Arriba! (Don Celestino y León elevan a doña Rosa).

Margarit. (Horrorizada). ¡Don Poli!

D. Poli. (Asomando la cabeza por la tapia). ¿Eh? (Quedan todos en una pieza).

D.ª Rosa. (Trágica). ¡No! ¡Al pozo, no! ¡Infames!

D. Poli. (Asustado). ¡Señores! ¡Por Dios! (Don Celestino y León dejan a doña Rosa en el suelo).

D.ª Rosa. ¡Concedo la tregua...! No quiero que lleguen ustedes hasta el crimen.

D. Poli. ¡Celeste! ¡En mi casa...!

D. Celest. (Trágico). El amor es ciego, Poli; su propia ceguera le hace a veces rodar al abismo del crimen. ¡La mato y me mato!

D.ª Rosa. ¡Calla, decrépito! ¡Te odio!

D. Poli. ¿No oyes bien? ¡Te odia! ¿Se te ha caído ya la venda?

D. Celest. (Ocultando la cara). ¡Demonio, la venda! (La saca del bolsillo y se la pone).

D.ª Rosa. Suspendamos las hostilidades; dejadme. En atención al bien de Margarita concedo la tregua que se me pide.

D. Poli. ¿Cómo? ¿Eh? ¿Pero es que...? ¡Voy allá! (Desaparece).

D.ª Rosa. (A media voz). ¡Fuera...! ¡Largo...! ¡Idos...!

D. Celest. Pero...

D.ª Rosa. Todos, pronto. (Comienza el desfile).

D. Celest. ¡Rosa, por la Virgen, el veraneo!

D.ª Rosa. No temas. El sol de Vicálvaro nos tostará este veraneo!

D. Celest. ¿Tú crees?

D.ª Rosa. Volveremos a Madrid torrefactados. ¡Vete! (Vase don Celestino. Encarándose con don Poli, que entra por la cancela en tercera velocidad). ¡Don Poli! Es usted un miserable.

D. Poli. Señora, déjese usted de indirectas. ¿Qué tregua es esa que usted ha concedido?

D.ª Rosa. Una entente que me ha hecho firmar el terror.

D. Poli. A ver qué es eso.

D.ª Rosa. Margarita tiene un novio.

D. Poli. ¡Córcholis!

D.ª Rosa. Un novio millonario.

D. Poli. ¿Pero esa imbécil...?

D.ª Rosa. Ha venido tras ella de Madrid y pretende pedir su mano; pero enterado de nuestra desavenencia conyugal exige para contraer matrimonio la unión de toda la familia.

D. Poli. ¡Eso, no! ¡Nunca!

D.ª Rosa. Eso dije yo; pero ese canalla de Celestino me ha dado a elegir entre la unión o la tumba.

D. Poli. ¡La tumba, señora! ¿Pero sabe usted el porvenir que la espera?

D.ª Rosa. (Muy triste). ¡Lo sé! ¡Juntos otra vez! ¡Horrible!

D. Poli. ¡Macábrico, señora! ¡No! Ese casamiento es imposible. Además, Margarita es imbécil.

D.ª Rosa. Ah, si yo pudiera no se casaría.

D. Poli. A ver, a ver. Usted, aunque es una bestia, suele tener inventiva. ¿Qué se le ha ocurrido a usted?

D.ª Rosa. Llévese usted a Margarita a dar un paseo en carruaje. ¿No tiene usted por ahí una dehesa?

D. Poli. Sí: «La Felicidad».

D.ª Rosa. Yo aguardo al novio, lo despido, se va, rompo el noviazgo, me salvo. Usted vuelve, deshago el lío y listo.

D. Poli. Señora, discurre usted de un modo que boquiabre. Llame usted a Margarita.

D.ª Rosa. ¡Por Dios, don Poli! Mucho tiento. ¡Con Margarita, mucho tiento!

D. Poli. Llame usted a Margarita.

D.ª Rosa. (Entrando ed la casa). No hace falta: ella sale. ¡Mucho tiento! (Vase).

D. Poli. (Llamando). ¡Antonio! ¿Está enganchado el coche? Aguárdame ahí en la cruz de la carretera. (Suenan los cascabeles de un coche, que se aleja).

Margarit. (Saliendo). ¡Ay, don Poli!

D. Poli. Mira, monina; vas a acompañarme a la dehesa. Como sé que te gusta el campo, disfrutarás de las bellezas del camino y verás el fruto de mis huertos.

Margarit. ¡Ay, qué bien!

D. Poli. ¡Anda, vamos!

Margarit. Cuando usted guste.

D. Poli. Pillina; conque hay moros en la costa, ¿eh?; conque ese sujeto ha venido tras de ti, ¿eh?

Margarit. ¿También se lo ha dicho a usted él? ¡Ay, qué bien! ¡Es más guapo...! El más guapo de los tres.

D. Poli. Sí, sí... (Haciendo mutis) (Es una obra de caridad impedir que se case esta idiota.) (Se van los dos por la cancela del fondo).

D.ª Rosa. (Saliendo de la casa con todo género de precauciones). ¡Muy bien! ¡Se fueron! Cuando vuelva Margarita se encontrará con que sus tres novios están

acaparados. ¿Estarán todavía en la higuera esos tres pollos? (Asómase por la tapia). Sí. (Acercándose a la puerta de la casa). Esto es cuestión de muy pequeña monta. (Llamando a media voz). ¡Niñas! Un momento. (Entran en escena NIEVES, OLIVA y TINA). Mucha discreción.

Nieves. ¿Eh?

D.ª Rosa. ¡Desplegad vuestros encantos, porque voy a llamar a esos pollos!

Oliva. ¡Por Dios, mamá!

Nieves. Pero, ¿cómo vas a llamar a esos tres pollos?

D.ª Rosa. Pues, hijas, diciendo pío, pío: no conozco otro procedimiento. (Se asoma a la tapia y llama a voces). ¡Pío...! ¡Pío...! ¡Niñas, aquí está Pío González...! (Afectando un grn rubor). ¡Ay...! Usted dispense, caballero. ¡No venir, niñas, que no es...! Es usted tan parecido... ¡Ay, qué vergüenza!

Frías. (Dentro). ¡Por Dios, señora! ¡Tuviera que ver!

D.ª Rosa. (Separándose de la tapia). ¡Perdone...! ¡Niñas! (Haciéndoles señas de que se queden). ¡Vámonos... (Entrando en la casa). ¡A ver, niñas, a ver...!. (Ya dentro de la casa). ¡Nieves...! ¡Oliva...! ¡Tina...!

Frías. (Asomándose por la tapia). Señora, siento que...

Olivares. (Idem). Por nosotros no...

Montilla. (Idem). Buenos días, señoritas.

Frías y Olivares. Buenos días. (Contestan las tres).

Frías. Fué sin duda su señora madre... (A Olivares). Esto ya es otra cosa.

Nieves. Sí; creyó que uno de ustedes era... Pío y...

Olivares. Y ese feliz Pío, ¿es quizá el novio...?

Nieves. No; no tenemos... eso.

Montilla. ¿Es posible?

(Siguen hablando por parejas: Frías, con Nieves; Tina, con Montilla, y Oliva, con Olivares. Salen muy amartelados del brazo DON CELESTINO y DOÑA ROSA).

D.ª Rosa. Son mis hijas. yelas. Mi escuela. A estas tres las casamos.

D. Celest. Sí, pero a la pobre Margarita...

D.ª Rosa. A la pobre Margarita, también. Verás qué combinación, chato!

Juana. Entrando). Buenas tardes. ¿Ustedes me dirán si voy a pasarme la mañana de plantón?

D.ª Rosa. ¿Qué es eso, Juana?

Juana. Nada, que como he visto salir del brazo a don Poli y a la señorita Margarita, pues me dije:

mis señoritos ya deben haber comido y me hán olvidado.

D.ª Rosa. (Trágica. ¿Eh? ¿Qué...? ¿Qué dices? ¿Que don Poli y Margarita? ¿Del brazo? ¡¡ Celeste!!

D. Celest. ¿Eh?

D.ª Rosa. ¡Margarita! ¡Margarita! ¿Dónde ha ido Margarita? (Estupefacción en todos).

León. (Saliendo alarmado). ¿Qué pasa?

D.ª Rosa. ¡Celeste, tu hija! ¡León, tu hermana!

D. Celest. (Alarmado). ¡Rosa!

D.ª Rosa. (Pasándose la mano por la frente). ¡Despacio...! ¡Despacio! ¡No! ¡No es posible! (A Juana). Dices tú que don Poli y Margarita...

Juana. Acaban de salir, y un coche les espera.

D.ª Rosa. ¡Entonces la fuga, el rapto es un hecho! (Asombro general).

D. Celest. ¡Rosa!

D.ª Rosa. (A los tenientes). ¡Caballeros! Por vuestro honor; por el brillo jamás empañado de vuestras armas, corred por esa carretera, detened a ese sátiro y devolvedme la joya más preciada de mi joyel.

Frías. En seguida, señora. (Desaparece).

Montilla. ¡A ver, los caballos! (Idem).

Olivares. ¡Pronto! (Idem).

Tina. ¡Raptada! ¡Qué suerte!

D. Celest. ¡Poli...! ¡Mi amigo del alma... ¡Mi padre es mi hijo!

León. (Trágico). ¡Ah! ¡Juro que ese hombre morirá!

D.ª Rosa. Leoncito, hijo mío, no te exaltes. Es preferible que se casen.

León. (¡Don Poli mi hermano!)

D. Celest. (¡Mi padre mi hijo!)

Frías. (Entrando por la cancela) Señora: mis compañeros salen a caballo en segúimiento de la pareja.

D. Gón. (Entrando sofocado). ¿Pero es dongón verdad? ¿Don Poli dongón raptador? ¡Dongón azúcar!

D.ª Rosa. Sí; pero, por Dios, que esto no trascienda. ¡Sería horrible! ¡Nuestro buen nombre...!

Frías. Pero ese hombre...

D.ª Rosa. Víctima de una pasión senil, caballero. El amor que en la juventud es vida, es cicuta en la decrepitud. ¡Oh, cásese usted pronto! (Frías se dirige resueltamente a abrazar a Nieves). ¡Todavía no!

Juana. ¡Lo traen, lo traen!

Frías. ¿Eh? Sí: viene escoltado por mis compañeros.

D. Celest. ¡Tendré que hacer un verdadero esfuerzo para no cruzarle la cara!

Frías. Aquí están ya.

D. Celest. ¡Ecce Homo!

(Por la cancela entra MARGARITA, y tras ella DON POLI entre MONTILLA y OLIVARES).

D.ª Rosa. (Abrazando a Margarita). ¡¡Hija!!

D. Celest. (Idem). ¡¡Hija mía!!

Juana. (A Margarita). ¡Ay, señorita...! ¡Ay, señorita...! (La abraza llorando).

D. Poli. (Azufradísimo). ¡Señores! ¿Se puede saber qué atropello es este?

D. Celest. (A don Poli). ¡Caballero...! Estos hombres de honor son testigos de su felonía.

Mont., Frías y Oliv. ¡Somos testigos!

D. Poli. ¡Celestino!

D. Celest. (A Margarita). ¡Desgraciada! ¿Adónde te conducía ese monstruo? ¡Responde!

Margarit. Dijo que me llevaba a la felicidad.

D.ª Rosa. (A don Poli). ¡Sátiro! ¿Por eso procuraba usted nuestra desunión? ¿Por eso protegía usted (Por don Celestino). a este infeliz? ¡Canalla!

D. Poli. ¡Señora! ¿Qué comedia es esta?

Feón. ¡Tragedia, señor Guerra, tragedia! (Furioso). ¡Dejadme! Se trata de la honra de mi hermana. (A don Poli). ¡Caballero! Tras el rapto sólo existe un dilema: elija usted entre la mano de Margarita o la muerte!

D. Poli. ¡Que te frían un galápago! (Intenta escapar, pero se ve retenido por Frías).

Frías. La fuga es de cobardes, caballero. Cuando se ofende, se repara.

D. Poli. ¡Don Gón!

D. Gón. Don Poli. ¡Es usted un dongón fresco! (Don Poli le atiza un bofetón a don Gón). ¡Mi dongón tía! (Gran revuelo).

D. Poli. (Apoderándose de la escoba). Ah, ya me hago cargo de todo. ¡Pero al que se acerque me lo cargo!

Todos. ¿Eh?

D. Poli. ¡Me lo cargo!

Frías. ¿Nos insulta usted?

D. Poli. ¡A ustedes y a su coronel de ustedes!

Mont. y Oliv. (Abalanzándose sobre él). ¿Eh?

Frías. (Deteniéndolos). ¡Alto! Caballeros: procedamos como caballeros.

León. Quiero ser yo el primero que se bata con él.

Frías. Me corresponde a mí.
Olivarés. A mí.
Montilla. A mí.
D. Celest. A mí.
León. ¡A sable!
Frías. ¡A pistola!
Olivares. ¡A espada!
Montilla. ¡A florete!
D. Poli. (Esgrimiendo la escoba como si fuera un sable) ¡O a escobazos: como ustedes quieran! (Se pone a hacer esgrima. Gran revuelo. Todos huyen de él).
León. ¿Se ha vuelto loco?
D. Poli. (Jadeante y presa de una alferecí). ¡Ah, ah...! ¡Ah, ah...! (Cae en brazos de doña Rosa.)
D. Celest. ¡Agua!
D. Gón. ¡Un médico!
Margarit. ¡Sales!
Frías. ¡De prisa! (Se van todos. Unos por la cancela y otros por la casa).
D.ª Rosa. ¡Poli! ¡Poli! ¡Recóbrate! ¡Te caso! (Besándole cariñosamente en la frente). ¡¡¡Hijo mío!!!

TELÓN



ACTO TERCERO

Oficina en casa de don Poli. Es una oficina abandonada; una especie de cuartel robado. Puerta de entrada con mampara en el lateral izquierda; dos puertas en el lateral derecha y ventana en el fondo. Mesas, sillas, máquinas de escribir y de prensar y papeles en completo desorden. En una mesa, sobre un enorme libro mayor, un infiernillo de alcohol.

(Al levantarse el telón entra en escena DON POLI por la primera puerta de la derecha. Trae en una mano una chocolatera con su molinillo; en la otra una taza con un bollo francés dentro; una servilleta debajo de un brazo y un número de «El Liberal» debajo del otro. Viene con un humorcillo de todos los demonios)

D. Poli. (Dejando impetuosamente los trastos sobre una mesa). ¡Casado...! ¡¡Casado...! (Arrima un encendedor al infiernillo, pero no logra encender la mecha). Encenderé con un papel cualquiera. (Tomando una cuartilla). Este. (La examina). ¿Eh? ¡Versos! ¿No lo dije? En esto se ocupaba el personal de mi oficina. Porque estos versos estarán dedicados a mi mujer... (Estrujando el papel). ¡Oh! Sí, aquí se había desarrollado una epidemia de suspiros me traían muy escamado. ¡Es natural! El jefe casado con una señora guapa y joven... ¡vamos a por ella! ¡La humanidad es una ansiosa! Ahora que a mí... ¡a mí! ¡Je! ¡Todos a la calle, así! Claro que esto me cuesta un ojo, porque mis negocios se han paralizado por completo. Pero estoy casado, estoy escamado y no quiero personal masculino en la casa. ¿Qué dirá este papel? (Leyendo). «Madrigal». Apuesto un duro a que esto de madrigal quiere decir: «A la señora de don Poli». ¡Hum! (Leyendo).

«Ojos azules como el claro cielo sin celajes;
mírame y no los bajes;
tienes las cejas pobladas;
todo lo que miras pules.
¿Qué tienes en la mirada,
niña de los ojos azules?

(Arruga el papel y enciende con él el infiernillo). ¿Eh, qué tal? Nada, nada: cuando se tiene una mujer joven, bella e idiota, no puede haber hombres en casa. (Moviendo el chocolate). ¡Es para volverse loco! El personal despedido, los negocios por el suelo, mi esposa roncando y yo dándole al molinillo. ¡Completamente casado! ¡Pero qué idiota soy! (Leyendo «El Liberal») A ver si viene hoy el anuncio. ¡Estas agencias...! «Joven con carrera...» «Señor formal desea una institutriz guapa. Romanones, cuatro.» ¡Ni tiene formalidad el señor formal, ni la institutriz, ni Romanones! (Leyendo) «Vida mía: Ven a verme. Notpetejunque en la higuera. Tu gatita.» ¡Hum! Este Notpetejunque debe ser el marido. ¡Imbécil! ¡Si hiciera lo que yo...! (Leyendo). «Pelayo...» Eso es. «Se desea una sirviente para matrimonio sin hijos ni esperanzas de tenerlos. Pelayo, 82, oficina.» Gracias a Dios. (Se sirve el chocolate. Por la izquierda entra en escena DON GÓN).

D. Gón. ¿Da usted su dongón permiso?
D. Poli. Adelante.
D. Gón. Buenos días.
D. Poli. ¿Usted gusta?
D. Gón. De provecho dongón le sirva.
D. Poli. Siéntese, don Gón.
D. Gón. Jiménez; le suplico que me llame Jiménez.
D. Poli, Es igual, hombre.
D. Gón. No, señor, que luego se quedan los dongón motes.
D. Poli. ¡Basta!
D. Gón. ¿Eh?
D. Poli. ¡Basta de estupideces! (Metiéndose en la boca un enorme trozo de bollo) Hoy no está el horno para bollos.
D. Gón. El horno no estará, pero usted dongón...
D. Poli. Vamos a lo nuestro. ¿A qué hora se acostó anoche mi mujer?
D. Gón. No lo sé.

D. Poli. ¡Hombre, me gusta la salida! Pues si usted no lo sabe, ¿quién lo va a saber?

D. Gón. Yo la dejé escoltada por el sereno a la una y media de la noche.

D. Poli. Eso es otra cosa. Creía que había usted desistido de acompañarla.

D. Gón. No, señor; yo soy un dongón esclavo de usted.

D. Poli. Menos coba. Tire usted de lista. (Don Gón saca unas notas) Vida que hizo mi esposa en el día de ayer. Itinerario, trayecto o recorrido matutinal, diurno y nocturno.

D. Gón. Sí, señor.

D. Poli. Matinal o de la mañana.

D. Gón. Cero, cero

D. Poli. Taciturno o de la tarde.

D. Gón. (Consultando sus notas). Salida a las quince y treinta.

D. Poli. En números romanos.

D. Gón. A las tres y media.

D. Poli. Eso es otra cosa. Calles transitadas.

D. Gón. Leyendo). Barquillo, Alcalá, Sevilla, Viena.

D. Poli. Eso es un lío.

D. Gón. Viena, pastelería, veinticinco minutos dongón de parada; barquillo...

D. Poli. No entiendo.

D. Gón. Barquillo relleno y un dongón chocolate.

D. Poli. Adelante.

D. Gón. Príncipe, teatro; matiné.

D. Poli. (Gruñendo). ¡Funcioncitas! ¡Hum! ¿Filisteos?

D. Gón. Nulo.

D. Poli. ¿Gemeleo?

D. Gón. Cero, cero.

D. Poli. ¿Bomboneo?

D. Gón. Idem, ídem.

D. Poli. Adelante.

D. Gón. Después de la función... (Leyendo). Príncipe, Carrera de San Jerónimo...

D. Poli. ¿Acera de los empujones?

D. Gón. Acera bancaria.

D. Poli. Bien.

D. Gón. Puerta del Sol, tranvía y a casa.

D. Poli. ¿Plataforma o interior?

D. Gón. Interior derecha; entre un dongón sacerdote y un señor que se parecía a dongón Millán, dongón Millán.

D. Poli. Siga usted. ¿Piropos?

D. Gón. Varios, alimenticios.
D. Poli. A ver.
D. Gón. (Leyendo sus notas). «Me la comía a usted de una sentada».
D. Poli. ¡Animal!
D. Gón. (Leyendo). «Vaya un bocado que tiene usted en el... dongón cogote».
D. Poli. ¡Hum!
D. Gón. (Idem). «¡Huy qué carnes... dongón tan ricas!»
D. Poli. ¿Era ayer día de vigilia?
D. Gón. Dongón no sé. Apetito parece que había.
D. Poli. Turnier de por la noche.
D. Gón. Teatro Real. Segundo y tercer acto de «Parsifal». Dongón... una lata. Segundo acto, dormida. Entreacto, dormida. Tercer acto, dongón... no sé.
D. Poli. ¿Eh?
D. Gón. Me dormí yo. Es una musiquita que es un dongón cloroformo. Al terminar la representación nos despertaron, y por el itinerario natural llegamos a esta su casa a la una y media, poco más o dongón menos.
D. Poli. (Satifecho) Bien; disfruta castamente...
D. Gón. Sí, señor.
D. Poli. ¿Ha formulado ella alguna queja?
D. Gón. Sí; la molesta la indiferencia con que usted la trata.
D. Poli. ¿Indiferencia? Es poco. Separación radical. Divorcio desde el primer momento, desde el último latín. ¡El cura cruz y yo raya! Tres meses hace que nos casamos y ni aún le he dirigido la palabra. ¡Yo soy un hombre!
D. Gón. Lo sé; pero yo creo dongón don Poli que debía usted deponer esa actitud. A usted la muchacha le gusta; usted la quiere.
D. Poli. ¡Miente usted! Usted no puede saber eso, porque yo no se lo he dicho a nadie.
D. Gón. ¡Ah! Luego confiesa usted...
D. Poli. (Vencido, sumiso). ¡Sí, sí! Rebelándose contra sí propio. ¡Pero no!
D. Gón. El médico cree que esos ataquillos que le dan a usted son debidos a que sostiene usted una gran lucha entre su egoismo y el amor... dongón ¡el amor! que se adueña de usted...
D. Poli. (Rendido). Sí.
D. Gón. (Apretando más que un dolor). Usted la ama, usted

siente deseos de decirla dongón tus ojos mandan: ¿qué tienes en la dongón mirada...?

D. Poli. (Saltando). ¡Madrigales, no! ¡Eso quisieran los del lazo! ¡Ah! ¡Canallas!

D. Gón. No se altere usted, dongón don Poli.

D. Poli. (Excitadísimo). ¡Hacerme ir al altar...! ¡Hacerme abandonar mi casa de Vicálvaro mientras se altimaban los detalles para la boda...! ¡Y qué detalles! ¡Y, sobre todo, hacerme venir a Madrid y quedarse ellos en mi finca, sin querer abandonarla bajo ningún concepto...! ¡Ah! Pero, por fortuna, hay una justicia recta. A estas horas el Juzgado de Vicálvaro los habrá puesto de patitas en la carretera. Por cierto, amigo Jiménez, que no me ha dado usted cuenta de ese particular. ¿Se ha verificado ya el lanzamiento?

D. Gón. Sí, señor; hace más de un mes.

D. Poli. (Radiante). ¡Ah!

D. Gón. No le había dicho nada, porque como usted se excita tanto... y luego el Juzgado ha dongón metido la pata.

D. Poli. ¿Eh...? ¿Qué ha hecho?

D. Gón. (Indeciso). Pues, qué... los echó de la casa con muebles y todo.

D. Poli. ¡¡Mis muebles...!! ¡¡Don Gón!!

D. Gón. ¡Jiménez!

D. Poli. ¡Porras! (Excitadísimo). ¡Mis muebles! ¡Mis muebles!

D. Gón. (Viendo salir a Margarita por el último término de la derecha). ¡La señora! (Don Poli se contiene y queda en un extremo de la escena, mirando a Margarita replegado, encogido, como un tigre antes de saltar sobre su presa).

Margarit. Buenos días, don Poli. Buenos días Jiménez.

D. Gón. Buenos días, dongón señora.

D. Poli. (¡Y que este ángel sea hija de un criminal...! ¡Porque es un ángel! Idiota, pero un ángel).

Margarit. (Muy cortada). ¿Estás mejor... don Poli? (Don Poli contesta con un gruñido).

D. Gón. (A don Poli). Que es su... esposa. Que hay que ver lo dongón guapísima que está.

D. Poli. (Rendido). ¡Sí...! ¡No! ¡Mi sombrero! El médico espera para darme la corriente eléctrica. Si algo ocurre, allí estoy.

Margarit. (Dándole el sombrero). Toma, don Poli. (Don Poli se

acerca a ella tembloroso, comiéndosela con los ojos, y le arrebata el sombrero).

D. Gón. (Aparte, animándole). ¡Don Poli...!

D. Poli. ¡Sí...! ¡No...! (Encasquetándose el sombrero). ¡Eso quisieran los otros! Hay que ser hombre; madrigales, no... (Se va hecho un energúmeno).

Margarit. (Apenadísima). ¿Lo ve usted...? Soy muy desgraciada, señor Jiménez.

D. Gón. No, señorita.

Margarit. Señora, Jiménez. (Con tristeza). Es decir, puede usted llamarme señorita; tiene usted razón. ¡Casada... y señorita!

D. Gón. Hoy puede usted cantar el dongón Hossanna, el Sursum dongón corda. Don Policarpo Guerra la ama a usted.

Margarit. ¿Eh?

D. Gón. Me lo ha dicho hace un instante; la ama a usted con pasión cadetesca.

Margarit. (Contentísima). ¡Jiménez!

D. Gón. En su corazón de roca han hecho un milagro sus ojos de usted y las corrientes dongón eléctricas.

Margarit. ¡Ay, qué feliz soy! Voy a escribirlo a mis padres.

D. Gón. Escríbaselo, pero que no vengan. Sería contraproducente.

Margarit. Descuide usted. ¡Ay, qué contenta estoy, Jiménez!

D. Gón. Y yo.

Margarit. En seguida vuelvo. Haga usted el favor de llevar ese servicio a la cocina. (Vase por la primera puerta de la derecha).

D. Gón. Con mucho gusto. (Tomando el servicio). Soy su esclavo: es la única persona en este mundo que no me llama Don Gón. (Hace mutis por la segunda puerta de la derecha. Se va diciendo): Qué tienes en la dongón mirada...

(Se abre sigilosamente la mampara y asoma la cabeza de DOÑA ROSA).

D.ª Rosa. (Entrando). ¡Nadie! ¡Pasa!

D. Celest. (Entrando). Rosa, que no se puede entrar así como así en la jaula de una fiera.

D.ª Rosa. ¡Pero si Poli está en la calle!

D. Celest. Pero si vuelve y nos pilla nos monda.

D.ª Rosa. Tengo yo mucha cáscara, esposo; no hay cuidado. ¡Mira, mira qué desolación.... Los

negocios abandonados... Estamos perdiendo el dinero. ¡Oh! Esto no puede ser.

D. Gón. (Saliendo). ¿Eh? ¿Quién?

D.ª Rosa. (Muy amable). Buenos días.

D. Gón. ¡Dongón fuera! Hagan ustedes el dongón favor de ahuecar de dongón de aquí. ¡Dongón largo!

D.ª Rosa. Deseaba ver a la señora.

D. Gón. No dongón recibe ¡A la dongón calle!

D.ª Rosa. (Dándole un amistoso cachetito). ¡Pirata!

D. Gón. Señora, que me estoy dongón jugando el destino. Y yo, dongón mato a uno.

D.ª Rosa. (Lo mismo). ¡Asesino! Oigame usted. He leído en *El Liberal* que...

D. Gon. ¡Pero dongón porras! ¿Es que viene usted a ofrecerse?

D.ª Rosa. Si, señor.

D. Gón. ¡Dongón eso no puede ser! ¡Usted está dongón mochales! ¡Qué dongón frescura!

Margarit. (Por la primera puerta de la derecha). ¡Papá! ¡Mamá!

D. Celest. (Abrazándola). ¡Hija!

Margarit. Pero, ¿qué es esto?

D. Celest. Hambre, hija mía, hambre de verte.

Margarit. ¿Y León y las niñas?

D.ª Rosa. En el tupi de enfrente, comiéndose el último tapiz de Vicálvaro.

Margarit. Pero...

D. Celest. Sí, Margarita, sí; en la indigencia. A ti acudimos con nuestro modestísimo sable levantado. Por ahora con mil quinientas pesetillas...

Margarit. ¿Pero cómo? Pero si yo no...

D. Celest. Ya, ya te dirá tu madre el medio de apandarlas. Ocupémonos ahora de ti. Tus cartas son oscuras, imprecisas. Eres desgraciada, ¿verdad?

Margarit. No; hoy, no. Ya no. ¡Don Poli me quiere, me ama!

D.ª Rosa. ¡Celes!

D. Celest. ¡Rosa!

D.ª Rosa. ¡Hija de mi alma! ¡Corre, tráeme un delantal! Me quedo. Nos quedamos. Avisemos a esos. (A Don Gón). Caballero, corra al tupi de ahí enfrente. Nuestros hijos y la doméstica están apiñados ante unas tazas de chocolate; pague el consumo y tráigaselos para acá. Que se traigan las tazas.

D. Gón. Es el caso que yo...

Margarit. Sí, Jiménez, quiero verles, vaya usted.

D. Gón. Usted lo manda; sea lo que dongón Dios quiera. (Se va por la izquierda).

D.ª Rosa. ¿Tardará mucho tu marido?

Margarit. Sí; está en casa del médico. Ahora le aplican corrientes eléctricas para curarle esos ataques que le dejan sin movimiento, como paralizado.

D.ª Rosa. ¡Pobrecito mío! ¿Te acuerdas Celes? El primero le dió en Vicálvaro, el día del rapto, cuando tuvimos que concederle a la fuerza la mano de nuestra hija.

D. Celest. ¡Hijo de mi alma! ¡Lo que se resistió!

D.ª Rosa. Como que si no interviene el juez y le amenaza con el presidio, a estas horas, (a Margarita). estás tú todavía celibateando.

D. Celest. (A Margarita). ¡Corazón, por fin, tú, amada por él! ¡Tú!

Margarit. Aún no me lo ha dicho, pero le ha confesado a don Gón que me quiere. También yo le quiero y tampoco se lo he dicho aún.

D.ª Rosa. ¡Falta la chispa, la chispa! Pero aquí estoy yo, hija mía. Antes de una hora ese hombre caerá de rodillas a tus pies. Toma: llévate mi sombrero, tráeme un delantal y confía en mí.

Margarit. En seguida. (Se va por la derecha primer término, llevándose el sombrero de doña Rosa).

D.ª Rosa. Nos hemos salvado, Celeste.

D. Celest. ¿Tienes algún plan de batalla?

D.ª Rosa. ¡Berenguérico! ¡Escribe! Tú sabes imitar la letra iturzaeta de Margarita.

D. Celest. (Disponiéndose a escribir). Dicta.

D.ª Rosa. (Dictando). «Poli: ven. Sé que me amas, y yo te adoro; ven. Hoy me siento feliz, porque me quieres y porque puedo decirte ¡Poli! ¡Poli mío...! (Dudando). Escucha, Celeste, ¿cómo le diríamos de una manera encubierta y apasionada que va a tener sucesión?

D. Celest. (Saltando). Pero, Rosa, ¿es de veras que...?

D.ª Rosa. No sé. Para mi plan es preciso que él se lo crea. Ante este dulce engaño, Poli, que es de cera moldeable, se derretirá y consentirá nuestra permanencia en su casa.

D. Celest. Tienes razón. (Repasando la carta). «Poli... Poli mío...» ¡Ya! ¡Olé!

D.ª Rosa. ¿Eh?

D. Celest. (Escribiendo). ¡Poli, Poli mío... vas a tener familia!»

D.ª Rosa. Muy bien; pero subraya la palabra, que comprenda su significado. No se vaya a imaginar que esa familia somos nosotros.

D. Celest. Ya está.

Margarit. (Por la derecha, con un delantal). Tome usted, mamá.

D.ª Rosa. Gracias. (Se lo pone).

D. Celest. Ven, monísima; firma esta carta que le escribes a tu marido.

(Ruido de voces dentro).

D. Celest. Luego la leerás, pero firma, que están ahí ya tus hermanos.

Margarit. (Muy contenta) ¡Ay! (Firma la carta y se dirige hacia la puerta de la izquierda. Don Celestino introduce la carta en un sobre y la pone la dirección. ¡Todos! ¡Aquí están todos!

(Entran en escena LEÓN, NIEVES, TINA, OLIVA y JUANA. Abrazos, besos, etc., etc).

León. ¡Hermana!

Nieves. ¡Margarita!

Tina. ¡Chica!

Oliva. ¡Por fin!

Juana. ¡Señorita!

(Forman animado grupo).

D.ª Rosa. (A don Celestino). Míralos, Celeste. ¡Qué hermosa es la unión de la familia!

D. Gón. (Que ha entrado en escena el último. Contemplando la reunión). (¡Como venga don Policarpo Guerra me río yo del dongón Juicio final!) (Acercándose a don Celestino). He pagado el consumo porque ellos no tenían dinero.

D. Celest. Es usted muy amable.

D. Gón. Bueno, pero...

D. Celest. Gracias.

D. Gón. (¡Polar!)

D. Celest. Ahora, busque usted a mi hijo don Poli y entréguele esta carta de mi hija su esposa.

(Le da la carta).

D. Gón. (Escamado). ¿Es carta agradable?

D. Celest. Es una lluvia de grajeas.

D. Gón. Lo digo porque como el señor Guerra tiene tan mal carácter...

D.ª Rosa. Mal carácter, pero no hay corazón como el suyo. Yo podría describir a usted hermosas acciones de Guerra.

D. Celest. Que el tiempo vuela, Rosa. (A don Gón). Corra, llévele esa carta.

D. Gón. (Escamadísimo, mirando el sobre). Dice usted que no hay cuidado, ¿verdad? Porque cuando está sometido a la corriente eléctrica, cualquier cosilla... dongón... le...

D. Celest. No abrigue usted el menor recelo. Corra: tome... un coche...

D. Gón. No; si el médico vive ahí a la vuelta.

D.ª Rosa. Pues no pierda tiempo; se lo suplico.

D. Gón. (Haciendo mutis por la derecha) Me escama a mí esta dongón cartita. (Mutis).

D.ª Rosa. Bomba, hijos míos: una palabra ahora que estamos solos. (Expectación) Es preciso que nos quedemos en esta casa; no tenemos otra solución; pero no vivamos de la merced, sino del trabajo. Trabajemos. Poli vendrá en breve bajo la influencia de la más inusitada alegría. Vendrá radiante.

D. Celest. ¡Espléndido!

D.ª Rosa. ¡Sublime! Puede que nuestra presencia entibie su alborozo; pero si nos ve afanados, trabajadores, sumisos, esclavos, su tibieza será como nube septembrina. Trabajemos. En esta oficina faltan cerebros y brazos: sirvan los nuestros. Tú, León, al Diario; Celes, al Mayor; tú, niña..., a la máquina. Yo, a la Caja; y vosotras arreglad la casa. ¡Que el desierto se torne en oasis!

Todos. ¡Bravo! ¡Bien! ¡Vamos!

Margarit. (A sus hermanastras Tina, Oliva y Nieves, indicándoles la segunda puerta derecha, por la que hacen mutis para salir inmediatamente, las tres de delantal. y provistas una de zorros, otra de plumero y otra de un paño, con lo que limpiarán furiosamente el polvo de los muebles y de la pared). Por aquí. (A Juana Ayúdame, Juana. (Empiezan a poner en ordeu aquello).

León. (Tomando «El Liberal») Yo al diario.

D. Celest. A ese diario, no, Leoncito; no seas fresco. (A Margarita). Escucha, monina: tú estás segura de que te quiere, ¿verdad?

Margarit. Con pasión cadetesca.

D. Celest. No son figuraciones tuyas, ¿eh?

Margarit. No, papá.

D. Celest. Oyeme: y esos ataques que le dan, ¿son furiosos?

Margarit. Al contrario; se queda como una estatua: paralizado, sin poder hacer movimiento alguno.

D. Celest. ¡Ah!

Margarit. Y vean ustedes qué cosa tan rara: durante los ataques se entera de todo cuanto se dice, y luego, cuando se le pasa, recuerda perfectamente lo que ha oído.

D.ª Rosa. Sí que es raro.

D. Celest. Bueno, cada uno a su puesto. Secundemos fielmente los planes de mamá. (Cada uno ocupa su sitio. Salen Nieves, Oliva y Tina).

Juana. ¿Qué hago yo, señorita?

D.ª Rosa. Tú, a la prensa; aquí. (Juana se coloca al lado de la prensa, que estará a la derecha primer término).

Margarit. Alguien sube.

D. Celest. ¡Atención!

(Trabajan todos sin mirar a la mampara; ésta se abre y entra DON GÓN desencajado, lívido, sin sombrero, con los pelos en desorden y un ojo ribeteado).

Margarit. (Asustada) ¡Jiménez!

D. Gón. ¡Dongón, dongón, dongón...!

D.ª Rosa. ¿Eh...?

D. Celest. ¿Qué pasa?

D. Gón. ¡Lo que yo me temía: la carta, la corriente...!

D.ª Rosa. ¿Cómo? ¿Qué ha sucedido?

D. Gón. Una tragedia, y una tragedia eléctrica, señora. Le di la carta cuando le estaban aplicando una corriente de tres caballos. Rasgó el sobre, convulso, y comenzó a leer sonriendo dongón baboso; pero al llegar al final lanzó un grito, se arrojó sobre mí y me dió primero un golpe de ocho vatios en este ojo, y luego una patada de tres caballos en la cadera.

Margarit. ¡Dios mío!

D. Gón. Comenzó a gritar como un loco: el médico, al verle tan excitado, le siguió la corriente, y yo, dongón, huí aterrado.

D. Celest. ¡Rosa!

D. Gón. (A Margarita). ¿Qué le decía usted en esa carta, señora?

Margarit. ¿Qué le decías, papá?

D. Celest. ¡Rosa, tú...!

D.ª Rosa. ¡Entrañas de hormigón! ¡Corazón de porland! ¿Pero tanto horroriza a ese hombre neroniano la idea de tener un hijo!

Margarit. ¿Eh?
D. Gón. ¡¡Señora!! ¿Pero es eso lo que le decían en la carta?
D.ª Rosa. Eso: una agradable mentira...
D. Gón. ¡Un imposible! ¡Pues buena la ha hecho
D. Celest. ¿Eh?
D.ª Rosa. ¿Un imposible?
D. Gón. Claro, señora: un imposible porque... vamos... ¡Caramba, que... el cura dijo cruz y dongón don Poli raya! ¡Vamos, que no puede ser!
D.ª Rosa. ¡Dios mío!
D. Gón. Hágase usted cargo. Y como yo soy el que la acompaña a todas partes, pues... Así quería dongón matarme, y con razón..
D. Celest. ¿Qué has hecho, Rosa?
D.ª Rosa. Meter la pata, Celeste.
D. Celest. Tengo miedo. Vámonos. Si ese ogro regresa macábrico y nos encuentra en su domicilio...
D.ª Rosa. Sí, vámonos.
D. Gón. (Ante la mampara). ¡Atrás! (Asombro en todos). ¡De aquí no sale nadie!
Margarit. ¡Jiménez!
D. Gón. ¡Nadie! Dongón don Poli me cree un sinvergüenza; peligra mi vida. Aguardad a que venga y decidle la verdad. De mis labios no la dongón creería.
León. (Amenazador). ¡Paso!
D. Gón. No me asusta usted. Mi vida primero. Nominativo dongón yo.
Margarit. (Suplicante). Comprenda usted, Jiménez, que vendrá furioso, y si los encuentra aquí...
D. Gón. ¡Genitivo dongón yo!
D. Celest. ¡Basta! O se quita usted de la puerta, o le doy un silletazo. (Empuña una silla).
D. Gón. Dativo dongón yo también. (Empuña otra silla).
Juana. (Desde la ventana del fondo). ¡Don Poli...! ¡¡Don Poli!! (Grito de terror en todos).
D.ª Rosa. ¡Calma! Cada uno a su puesto. (Obedecen atropelladamente. ¡Juana, a la prensa!
D. Celest. ¡Para tú el golpe, Margarita!
Margarit. ¡Pare usted el golpe, Jiménez!
D. Gón. El dongón golpe que lo pare el Nuncio. (Se coloca en el primer término de la darecha, detrás de la prensa). Tápame, muchacha. (Se apoya en la prensa de copiar).
D.ª Rosa. ¡Trabajar todos!

Juana. Sí, señora. (Le da vueltas nerviosamente al volante y le coge con la prensa una mano a don Gón).

D.ª Rosa. (Dando un salto y un grito). ¡Ay!

Juana. (Asustada, gritando también). ¡Ay!

D. Gón. ¡Afloje usted, que estoy cogido! (Juana aprieta). ¡Que está usted dongón apretando! ¡Animal! (Le va a pegar con la mano que tiene libre y Juana huye dejándole solo).

(En este momento se abre de golpe la mampara y entra DON POLI en escena. Trae en la mano la carta de marras y viene furioso, loco. Hay un momento de verdadero terror en todos los personajes; doña Rosa se oculta con la puerta de la caja, don Celestino mete la cabeza entre las hojas del libro Mayor, León se tapa con el Diario y Juana se parapeta tras de Margarita).

D. Poli. (Sin ver mas que a don Gón y dirigiéndose a él con las manos crispadas). ¡Ah, miserable! ¡Estás cogido!

D. Gón. (Temblando). ¡Dongón, dongón Poli...!

Margarit. (Miedosa). ¡Poli...!

D. Poli. (A Margarita). ¡Infames! ¡¡Tú aquí con él, y sola!!

Margarit. ¡Sola, no!

D. Poli. ¿Eh?

(Al mismo tiempo que don Poli pasea la mirada por la escena haciendo gestos de terrible sorpresa; los demás, nerviosos, alocadamente, simulan trabajar).

D. Celest. (Escribiendo con una regla y levantando mucho el codo para evitar una acometida). Cuatro acciones del Norte... Veinte Azucareras...

D. Poli. (Con la boca abierta y temblando como un azogado). Pero... ¿qué... es... esto?

D.ª Rosa. (Dejándose ver) Aquí hay una partida de...

D. Poli. ¡Canallas! ¡Ah! (Estremeciéndose). ¡Aaaah! (Como si le aplicaran una corriente eléctrica). ¡Ah! (Y queda en pie o sentado en la postura y con el gesto que el actor prefiera, pero sin mover un solo músculo).

Margarit. (Acudiendo al lado de don Poli). ¡El ataque!

D. Gón. (Safándose a duras penas de la prensa). ¡El ataque!

D. Celest. (Respirando a sus anchas). ¡Loado sea Dios!

D.ª Rosa. (A todos, en voz baja.) ¡Silencio, que oye...! ¡Que oye!

Margarit. ¡Poli!

D.ª Rosa. (Besándole). ¡Hijo mío!

León. (Trágico) ¡Hermano!

D. Celest. (Besándole). ¡Hijo, hermano... padre!

D.ª Rosa. (A Margarita, en voz baja). ¿Ve?

Margarit. (Idem). ¡No!

D.ª Rosa. (En voz muy alta). No llores, Celes; no llores, León;

no lloréis, niñas: es solamente un pasmo nervioso. (En un grito, como horrorizada). ¡Quieta, Margarita; atrás! ¡Sujetadla! ¡Ese puñal!

(Todos se asustan).

Margarit. (Asustadísima). ¡Mamá!

D.ª Rosa. (Indicándola que se calle y continuando en el tono alto) ¡Era cierto! ¡Quieres matar a tu marido y suicidarte tú después...! ¡Pues bien, no! (Todos escuchan a doña Rosa asombrados)

D. Gón. Pero, dongón... que...

D. Celest. (Tapándole la boca y con voz terrible). ¡Miserable! ¡No! (Bajo, a don Gón). Calle usted, hombre. (Muy alto). ¡Ah, infortunada!

D.ª Rosa. ¡No la maltrates! Por fortuna conocimos su plan y estamos aquí para impedirlo. (Acariciando a don Poli). ¡Matar a este ángel y matarle por amor! No, hija, no; el amor no mata; el amor redime, salva, besa. (Besa a don Poli). Bésale tú ahora que él no puede rechazarte.

Margarit. (Besándole). ¡Poli!

(Don Poli se estremece y sonríe).

D. Celest. (Bajo, a Margarita). ¡Repite, niña! (Margarita besa de nuevo a su uarido).

D.ª Rosa. Pensar que hemos venido a salvarle... Porque tú le anunciaste nuestra llegada, ¿verdad, Margarita? Tú le decías en esa carta: (Muy al oído de don Poli). «Poli, Poli mío, vas a tener familia». ¡Familia! ¡Nosotros! Una familia amante.

D. Celest. ¡Desinteresada!

León. ¡Trabajadora!

D.ª Rosa. Eso sí. Continuad trabajando. Que el fiel don Gón...

D. Gón. (Bajo, a doña Rosa). ¡Jiménez!

D.ª Rosa. Que el fiel Jiménez, que es un caballero y un sabio...

D. Gón. (Al oído de don Poli.) ¡Y una persona dongón decente!

D.ª Rosa. Os enseñe. (Separándose de don Poli). Si durante este ataque no ha oído, nos hemos reveetado.

Margarit. (Por don Poli). ¡Ya se le va pasando...! ¡Ya vuelve!

D. Celest. (Intentando huir) Ya vuelvo.

Y.ª Rosa. ¡Quieto! (A Margarita). Tú, a sus pies. Compongamos el más amante de los cuadros. Usted, delante, don Gón.

D. Gón. ¡Un dongón cuerno!

D.ª Rosa. ¡Aquí todos! (Forman un grupo un poco separados de don Poli). ¡Cariño en la expresión; anhelo en el gesto! ¡Así! (Adopta una postura y un gesto de exagerada expectación).

(Don Poli hace movimientos; da muestras de volver a la normalidad).

D. Celest. (¡Dios mío, que haya oído!)

D. Poli. (Suspirando). ¡Ay!

D. Celest. ¡Ay, mi madre!

D.ª Rosa. (Por don Poli). !Ya! (Se santigua).

(Don Poli abre los ojos y ve a Margarita que está a sus pies).

Margarit. (Amorosa). ¡Poli!

D. Poli. (Amorosísimo). ¡Mi vida! (Todos respiran satisfechos).

Margarit. ¿Qué dices?

D. Poli. Sí, mi vida; idiota, pero mi vida. (Se dispone a abrazarla, advierte la presencia de los demás y se eontiene). ¡Ah...! ¡Sí...! ¡Aquella familia era esta familia! Perdone usted, don Gón.

D.ª Rosa. Poli... nuestra presencia en esta casa...

D. Celest. Oyeme...

D. Poli. ¡No, no! (Conn ovido). ¡Celeste...! ¡Gracias! (A doña Rosa). ¡Gracias, señora!

(A un tiempo).

Margarit. ¡Poli!

D. Celest. ¡Padre!

D.ª Rosa. ¡Hijo!

Niev., Tina y Oliva. ¡Hermano!

León. ¡Héroe!

D. Poli. Ya que habéis velado por mi vida, velad por mi hacienda. Trabajad todos: es decir, todos no. (A doña Rosa). Usted... tú, no.

D.ª Rosa. Gracias, Poli; porque en el estado en que me encuentro... (Ruborizándose).

D. Poli. ¿Eh?

D.ª Rosa. (Roja eomo un tomate). ¡Sí! ¡Las aguas de Vicálvaro...!

D. Poli. ¡Celeste!

D.ª Rosa. (Mirando al cielo). Eramos pocos y...

D. Poli. (Levantándose). Yo seré el padrino. (A Margarita). Ven, ven. (La abraza. Todos contemplan el cuadro). ¡¡Todo por ti!! (Elevando los ojos al cielo sin dejar de abrazarla). ¡Dios mío, qué idiota soy! Pero, ¿qué quieres? (Casi cantando y dándole serios apechugones). ¡¡Se metió en mi corazón!!

TELÓN

Obras de Pedro Muñoz Seca

«Las guerreras», juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.
«El contrabando», sainete. (Undécima edición.)
«De balcón a balcón», entremés en prosa. (Tercera edición.)
«Manolo el afilador», sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.
«El contrabando», sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)
«La casa de la juerga», sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.
«El triunfo de Venus», zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.
«Una lectura», entremés en prosa. (Segunda edición.)
«Celos», entremés en prosa. (Segunda edición.)
«Las tres cosas de Jerez», zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.
«El lagar», zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.
«A primera fila», entremés en prosa.
«El niño de San Antonio», sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
«Floriana», juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.
«Los apuros de Don Cleto», juguete cómico en un acto.
«Mentir a tiempo», entremés en prosa.
«El naranjal», zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
«Don Pedro el Cruel», zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
«El fotógrafo», juguete cómico en un acto.
«El jilguerillo de los Parrales», sainete en un acto.
«La neurastenia de Satanás», zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.
«Mari-Nieves», zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

«Tentaruja y Compañía», pasillo con música del maestro Roberto Ortells.
«¡Por peteneras!», sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)
«La canción húngara», opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.
«La mujer romántica», opereta en tres actos, adaptación española.
«El medio ambiente», comedia en dos actos.
«Coba fina», sainete en un acto. (Segunda edición.)
«Las cosas de la vida», juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
«La nicotina», sainete en prosa.
«Trampa y cartón», juguete cómico en dos actos. (Cuarta edición.)
«La cucaña de Solarillo», zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
«El modelo de Virtudes», juguete cómico en dos actos.
«López de Coria», juguete cómico en dos actos.
«El bien público», sátira en dos actos.
«El milagro del santo», entremés en prosa.
«El incendio de Roma», juguete cómico con música del maestro Barrera.
«El pajarito», comedia en dos actos.
«El paño de lágrimas», juguete cómico en tres actos.
«Fúcar XXI», disparate cómico en dos actos.
«Pastor y Borrego», juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
«La niña de las planchas», entremés lírico.
«Cachivache», sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
«Naide es na», sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.
«El roble de La Jarosa», comedia en tres actos. (Tercera edición.)
«La frescura de Lafuente», juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
«La casa de los crímenes», juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
«La perla ambarina», juguete cómico en dos actos.
«La Remolino», sainete en un acto. (Segunda edición.)
«Lolita Tenorio», comedia en dos actos.
«Los que fueron», entremés en prosa.
«La escala de Milán», apropósito.

«La Conferencia de Algeciras», apropósito.
«El verdugo de Sevilla», casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)
«Doña María Coronel», comedia en dos actos. (Segunda edición.)
«El Príncipe Juanón» comedia dramática en tres actos y prosa.
«El último Bravo», juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
«La locura de Madrid», juguete cómico en dos actos.
«Hugo de Montreux», melodrama en cuatro actos.
«El marido de la Engracia», sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.
«La tradición», melodrama en tres actos.
«Los cuatro Robinsones», juguete cómico en tres actos y en prosa.
«Adán y Evans», monólogo.
«El rayo», juguete cómico en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)
«El sueño de Valdivia», sainete en un acto. (Segunda edición.)
«Albi-Melén», obra de Pascuas, en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.
«El último pecado», comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición.)
«John y Thum», disparate cómico-lírico-bailable en dos actos divididos en seis cuadros, (Segunda edición.)
«Los rifeños», entremés en prosa.
«El voto de Santiago», comedia en dos actos. (Segunda edición.)
«El teniente alcalde de Zalamea», juguete cómico en un acto.
«De rodillas y a tus pies», entremés.
«La casona», comedia dramática en dos actos.
«Los pergaminos», juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
«Garabito», chascarrillo en prosa.
«La barba de Carrillo», juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
«La fórmula 3 K^3», disparate en un acto. (Segunda edición.)
«Las famosas asturianas», comedia en tres actos, de Lope de Vega. Refundición.
«La venganza de Don Mendo», caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Séptima edición.)

«La verdad de la mentira», comedia en tres actos. (Segunda edición.)
«Un drama de Calderón», juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
«Trianerías», sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.
«Los planes de Milagritos», apunte de sainete.
«Las verónicas», juguete cómico-lírico en tres actos. Música de Amadeo Vives.
«La Tiziana», entremés, con música de Manuel Font.
«El mal rato», paso de comedia.
«Faustina», juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
«La razón de la locura», comedia gran guiñolesca en tres actos. (Tercera edición.)
«Los amigos del alma», juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
«El colmillo de Buda», juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
«El condado de Maitena», comedia en tres actos y en prosa. (Tercera edición.)
«Pepe Conde o El mentir de las estrellas», sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. (Tercera edición.)
«La plancha de la Marquesa», juguete cómico en un acto y en prosa. (Segunda edición.)
«Martingalas», juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
«El clima de Pamplona», juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
«La mujer», paso de comedia.
«Sanjuán y Sampedro», entremés en prosa. (Segunda edición.)
«Trampa y cartón», juguete cómico en dos actos. Refundición hecha para zarzuela, con música del maestro Taboada Steger.
«Los misterios de Laguardia», juguete cómico en tres actos, (Segunda edición.)
«La cartera del muerto», comedia dramática en tres actos. (Segunda edición.)
«San Pérez», juguete cómico en tres actos.
«El parque de Sevilla», zarzuela en dos actos. (Segunda edición.)
«El Castillo de los Ultrajes», juguete cómico en tres actos. adaptado del francés. (Segunda edición.)
«La hora del reparto», sainete, con música del maestro Guerrero. (Segunda edición.)
«El Fresco del Fuego», entremés.

«El ardid», comedia en tres actos. (Segunda edición.)
«Los planes del abuelo», comedia en tres actos. (Segunda edición.)
«Dentro de un siglo», juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
«La farsa», juguete cómico en tres actos.

* * *

«Cuentos y cosas», colección de cuentos, entremeses y monólogos.

Obras de Pedro Pérez Fernández

«Al balcón», juguete cómico.
«Lola», diálogo.
«Tal para cual», juguete cómico.
«La primera lección», monólogo.
«Las Marimoñas», sainete en dos cuadros, con música de los maestros Fuentes y Foglietti.
«Los Florete», juguete cómico.
«El sino perro», entremés.
«El Don Cecilio de hoy», revista sevillana.
«Boceto al óleo», juguete cómico.
«Flores cordiales», inocentada con música de los maestros López del Toro y Fuentes.
«La victoria del cake», humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
«La penetración pacífica», humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
«A la lunita clara», entremés.
«A la vera der queré», sainete en dos cuadros, con música del maestro Alvarez del Castillo.
«El gordo en Sevilla», sainete.
«Para pescar un novio...», paso de comedia.
«El alma del querer», sainete en tres cuadros, con música de los maestros Vives y Barrera.
«La fuerza de un querer», comedia en un acto.
«¡Por peteneras!», sainete en un solo cuadro, con música del maestro Calleja.

«La casta Susana», opereta en tres actos, adaptación y refundición española.
«La canción húngara», opereta en un acto, Música del maestro Luna.
«La mujer romántica», opereta en tres actos, adaptación española.
«El medio ambiente», comedia en dos actos.
«Coba fina», sainete en un acto.
«Me dijiste que era fea...», comedia sainete en tres actos (uno prólogo).
«Las cosas de la vida», juguete cómico en dos accos. (Segunda edición.)
«La nicotina», sainete en prosa.
«Trampa y cartón», juguete cómico en dos actos. (Cuarta edición.)
«López de Coria», juguete cómico en dos actos.
«El milagro del santo», entremés en prosa.
«El incendio de Roma», juguete cómico con música del maestro Barrera.
«El paño de lágrimas», juguete cómico en tres actos.
«Fúcar XXI», disparate cómico en dos actos.
«Cachivache», sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
«Naide es na», sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.
«La perla ambarina», juguete cómico en dos actos.
«Lolita Tenorio», comedia en dos actos.
«Las pavas», apropósito cómico-lírico, música del maestro Foglietti.
«El señor Pandolfo», farsa lírica en tres actos, música de Amadeo Vives.
«Las mujeres mandan o Contra pereza diligencia», sainete en dos actos, divididos en seis cuadros.
«Los últimos frescos», sainete en dos actos.
«El marido de la Engracia», sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.
«El presidente Mínguez», astrakanada lírica en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Luna.
«Paz y Ventura o el que la busca la encuentra», sainete en un acto y en prosa, música de los maestros Fuentes y Foglietti.
«Albi-Melén», obra de pascuas en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.
«La último astrakanada», juguete cómico-lírico en un acto, di-

vidido en un prólogo y cuatro cuadros, música del maestro Eduardo Fuentes.

«Los rifeños», entremés en prosa.

«El oro del moro», sainete en dos actos, inspirado en una copla andaluza.

«El voto de Santiago», comedia en dos actos. (Segunda edición.)

«El teniente alcalde de Zalamea», juguete cómico en un acto.

«De rodillas y a tus pies», entremés.

«La fórmula 3 K^3», disparate en un acto. (Segunda edición.)

«Un drama de Calderón», juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

«Trianerías», sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.

«Las verónicas», juguete cómico-lírico en tres actos, música de Amadeo Vives.

«La Tiziana», entremés con música de Manuel Font.

«El mal rato», paso de comedia.

«Los amigos del alma», juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

«Pepe Conde o El mentir de las estrellas», sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. (Tercera edición.)

«Martingalas», juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

«El clima de Pamplona», juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

«Trampa y cartón», juguete cómico en dos actos. Refundición hecha para zarzuela, con música del maestro Taboada Steger.

«La primera siesta», chascarrillo en acción.

«San Pérez», juguete cómico en tres actos.

«El Parque de Sevilla», farsa sainetesca en dos actos, divididos en seis cuadros y un prólogo, con música del maestro Amadeo Vives. (Tercera edición.)

«La hora del reparto», sainete en un acto, con música de Jacinto Guerrero. (Segunda edición.)

* * *

«Del alma de Sevilla». (Primera colección de novelas cortas y cuentos andaluces.) Prólogo de Rodríguez Marín, de la Real Academia. Epílogo de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero. (Edición Garnier, hermanos, París; un tomo 8.º rústica, tres pesetas.)



Precio: 3 pesetas.

